

ARTE Y LITURGIA

Es propiedad

Escuela Salesiana de Tipografía—San Bartolomé—Málaga

MANUEL GONZÁLEZ

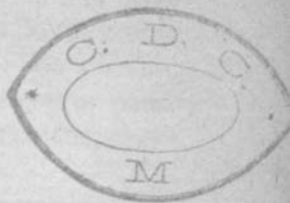
* **OBISPO DE MÁLAGA** *

Arte y Liturgia

El Arte

en el Altar,
en el Templo,
en la Misa,
en el Breviario.


SEGUNDA EDICIÓN

1932

BIBLIOTECA DE «EL GRANITO DE ARENA»

MÁLAGA

MANUEL CONSOLE
FONDATION DE LA BIBLIOTHEQUE

Artic y Liturgia

1973

1973

1973

1973

1973



2016/1075

CEG 046(2)



PRÓLOGO

Si no lo vedara la concisión de los títulos de los libros, este que viene a tus manos, lector anónimo, debiera titularse «Cómo por el Arte y la Liturgia se va a la Piedad».

Este título te dice por anticipado y en compendio cuanto te quieren descubrir las ligeras páginas de este librito, a saber: que la Liturgia católica, esa gran alabadora de Dios y maestra eximia de alabanzas a gusto de El, no se ha dignado coger de la mano al Arte, (así con mayúscula, y en general, o sea, todas las artes bellas y buenas) e intruducirlo en el templo y llevarlo hasta el Altar mismo del Sacrificio augusto y al Tabernáculo en donde mora la Majestad soberana para erigirlo en ídolo que robe las alabanzas que solo se deben a Dios ni para que las comparta con El, sino para que alabe, ayude, enseñe y excite a alabar a Dios.

Para ese solo fin ha abierto la Liturgia las puertas de sus templos al martillo y al buril, al pincel y a la lira, al pentagrama y al órgano, para alabar, cada cual a su modo, y mover a alabar diestra y sabiamente la gloria de Dios, el *psallite sapienter* de los Salmos.

¡Qué historia tan gloriosa la del Arte litúrgico!
¡Qué oficios tan honrosos los que ha ejercido y
ejerce!

A poco que se extienda la vista por nuestras Catedrales y Abadías y recoja el alma un poco de lo que bajo sus bóvedas y en los rincones de sus capillas se ve, se oye, se huele, se recuerda, se admira, se siente y se presiente, ¡cómo se encuentra uno con el Arte misionero de pecadores, historiador de gestas gloriosas, premiador de proezas y heroísmos, estimulador de virtudes, aliviador de pesadumbres y cantor, siempre y esencialmente cantor de alabanzas de Dios!

¿Quién, fuera de los Angeles de la Guarda, podría contar las lágrimas de arrepentimiento y de fervor arrancadas por la audición de los cánticos sagrados y la contemplación de los Cristos Crucificados, y las emociones de dolor y de gozo, de ardimiento y serenidad, de remordimiento y alegría suscitados por las majestuosas ceremonias de la Liturgia solemne y aun por los ritos devotamente celebrados de una Misa rezada, por los acordes de los organos, por la luz tamizada por las imaginérras de las vidrieras, por el alegre o triste tafido de las campanas, por el resplandor modesto de los cirios y el aroma casto del incienso y por tantos y tantos servicios obtenidos del Arte por la Liturgia?

¿No ha corrido estos días por la prensa de todos

los matices la estupefacción con que se ha sabido la muerte cristiana, presidida por una imagen del Corazón de Jesús y los Sacramentos de la Iglesia, de un tristemente célebre enemigo suyo, héroe y protagonista de muchas contiendas anticlericales en Valencia y autor de novelas irreligiosas, el conocido Blasco Ibáñez?

Por toda explicación o antecedente no se ha podido encontrar más que la afición que siempre tuvo a visitar las Catedrales de los pueblos por donde pasaba precisamente a la hora del coro para solazarse con los cánticos religiosos.

¿No serían estos los que por misericordia de Dios renovarían en aquella alma tan endurecida los remordimientos y los que irían preparando la vuelta del Pródigo?

Y ¿cuántas preparaciones misteriosas de conversiones, aspiraciones, vocaciones y elevaciones podrían contarnos las ojivas y retablos de nuestras Catedrales, los Cristos de Montañés, las Inmaculadas de Murillo, las notas de los Misereres y Te Deum, de los Glorias y Credos del Arte Litúrgico? ¡Cómo al través de la historia de las almas se ha visto por encima o por dentro de todo eso cabalgar a la Gracia de Dios, que es la única elevadora y convertidora de verdad!

Ahí tienes, pues, lector, y amigo, si has tenido paciencia para leer hasta aquí, el fin y el objeto de

este librito: *las ascensiones del alma* a su Padre-Dios por medio del Arte litúrgico.

Inmenso es el tema; pero lo concreto a cuatro ejemplos o cuadros, a saber: el Arte en el Altar, en el Templo, en la Misa y en el Breviario, empujando al alma a la Piedad para con su Padre-Dios.

Y cuenta que en esos cuadros, que separadamente y en forma de instrucción pastoral a mis diocesanos he ido dando, apenas si hago otra cosa que esbozar o recoger las primeras flores que se vienen a las manos en ese pintoresco y variado vergel del arte litúrgico.

Dos bienes pido y espero recoger de la lectura de este ligerísimo ensayo: el primero, despertar en los fieles sed de las aguas de estas inexhaustas y desgraciadamente poco frecuentadas fuentes de la Liturgia. ¡Qué Piedad tan limpia, jugosa, fecunda, bella y elevadora la que con aguas de Liturgia se riega, purifica, hermosea, sacia...! Y el segundo, excitar a navegar por estas aguas a directores de almas, escritores ascéticos, predicadores, catequistas, artistas cristianos y en general a todos los que de algún modo adoctrinen o guíen a otros estudiando, meditando y saboreando la Sagrada Liturgia en su letra, en sus actos y en su espíritu, bien directamente, bien con el auxilio de diestros expositores y comentaristas.

¡Cómo se enriquecería la Piedad cristiana con

la vulgarización de esos tesoros aun entre los pequeños de la familia cristiana!

Corazón de Jesús Inmolado, centro vivo de toda la Liturgia, Madre Inmaculada, Altar primero, Trono perpetuo, Esposa, Madre e Hija de la Trinidad augusta en cuyo honor vive y canta la Liturgia, conceded a estas paginillas la fecundidad de lo que va unguado con el sentir de la Santa Madre Iglesia.

Ronda, primer viernes de Mayo de 1932.

† MANUEL GONZÁLEZ,
Obispo de Málaga.

PRIMERA PARTE

El Arte en el Altar

El tema

Como veis, tiene dos partes: Arte y Altar.

El Arte

Quizás parezca a alguno extraño y fuera de lugar traer temas de arte a una instrucción pastoral a la que más parece que cuadran temas ascéticos o dogmáticos.

Creo, no obstante, que este tema bien merece ocupar la pluma y la palabra de un Obispo, puesto que, unidos y entrelazados con él, las circunstancias del día presentan temas y cuestiones, del mayor interés espiritual y de la más profunda trascendencia religiosa.

La efervescencia e irrupción de *turismo* que invaden a las modernas sociedades y que parece tienden a hacer de la vida humana y de todas sus actividades y de todos los lugares de su habitación una *feria* perenne o una especie de *escaparate*

gigantesco o exposición universal perpetua, y a dividir a los hombres en dos castas, de visitantes y visitados, esa irrupción, repito, está tratando también de invadir nuestros templos y nuestros cultos, sobretodo de admirar lo artístico y pintoresco, y pretende despojarlos o prescindir del fin altísimo para que aquellos se edificaron y estos se celebran y convertir lo que se ha hecho para alabanza de Dios, santificación de las almas y moralización de los pueblos en feria de recreo o escaparaté de curiosidad.

No es mi ánimo ni de mi incumbencia, protestar ni romper lanzas contra esas corrientes andariegas de nuestro siglo, que bien merecería llamarse del vértigo del correr: pero sí es de mi deber y ministerio prevenir peligros de irreverencias y profanaciones e impedir confusiones de ideas que saquen las cosas del lugar en que Dios y la Iglesia las han colocado.

Bueno y justo es que se admire el Arte en donde quiera que esté; pero no es bueno ni justo que esa admiración se tribute con perjuicio, postergación y hasta irreverencia de aquellos por quien y para quien el Arte religioso hizo su obra; porque entonces la admiración se trocaría en idolatría o fetichismo o al menos en *secularización del Arte*.

Y mucho me temo que esta orientación lleven a este afán de apreciar y mirar nuestros templos sólo

en cuanto museos, esa tendencia de sacar de las Iglesias y quitar del uso religioso objetos y obras de arte para encerrarlas en vitrinas de exposiciones y hasta trocar el oficio y carácter de Iglesias consagradas a Dios en el de museos profanos de arte las que tienen abundancia de esas obras que no pueden transportarse.

Y ¡qué! ¿no es *secularización* del Arte religioso esa moda, en mal hora importada sin duda de países protestantes, de adornar y enriquecer los palacios de los próceres con despojos artísticos de Iglesias, como retablos e Imágenes, faroles y blandones, facistoles y pergaminos de libros de coro y.... ¡menos mal aún si en estos traslados y acomodados hubieran conservado su nativo destino de servir al culto de Dios, y no se hubiera llegado a la triste profanación, que nuestros ojos han visto, de ver palios procesionales del Santísimo Sacramento servir para doseles y colchas de cama, capas pluviales de paños de mesa y pantallas de chimeneas y Sagrarios de buzones y tarjeteros y ¡cálices de centros de mesa para flores!....

Y suben de punto la pena y la indignación, ante ese despojo de los templos y secularización del arte que nació para alabar y dar culto a la Majestad soberana de Dios, cuando se tiende una mirada por los barrios aristocráticos de nuestros modernos ensanches y se ve este tristísimo contraste: de un

lado los fastuosos hoteles y las pintorescas *villas* y los suntuosos palacios atiborrados de arte religioso en cancelas, lámparas, altares, mesas, retablos, colgaduras, candelabros y faroles y en medio o en un extremo del barrio de las casas ricas, la casa que sus *rumbosos* vecinos, por *fin*, han levantado a su Dios, en forma de Capillita de *cemento armado*, cubierta con la económica y ligera *uralita*, adornada con santos y retablos de *escayola*, alumbrada con lámparas y candeleros de metal de Lucena, *plata-Meneses* o vidrio y paramentada con raquí-ticas casullas y ornamentos de *algodón-seda o sedalina*.....

¡Duro es en verdad el contraste! pero ¡ojalá no fuera tan frecuente y verdadero como duro! Y como sabemos que en la casi totalidad de los casos, no es la irreligiosidad, que no debemos suponer, sino que unas veces la frivolidad ambiente o la esclavitud a las tiranías de la moda y otras la inconsciencia o falta de sosiego aun para darse cuenta de esos contrastes son las causas de los mismos, ved el por qué no es tema profano para una instrucción pastoral el hablar de Arte y tanto más cuanto va unido con este otro tema:

Altar

Nos encontramos, a pesar de los tristes desvaríos que dejamos apuntados, en un período de sa-

na reacción litúrgica y por la inmediata relación que con la Liturgia guarda el Arte, esa reacción alcanza, y no poco, al Arte litúrgico.

Divulgar ideas que den orientación, alientos y aprobaciones a esa restauración del Arte litúrgico y de la Liturgia artística, es otro de los motivos que me ha movido a escribir estas paginillas.

La misión del Arte religioso

He de permitirme, antes de entrar en esa explicación, exponer, para provecho y orientación de mis lectores una idea y una protesta sobre la misión del Arte en la Iglesia.

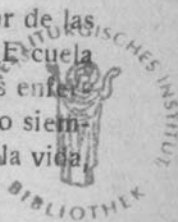
La idea

El arte en la Iglesia es un accidente, no una substancia; es un medio, no un fin.

No se hacen las Iglesias para atiborrarlas de objetos artísticos que atraigan *amateurs* y turistas que las curioseen y admiren.

Las Iglesias se edifican para homenaje a Dios y servicio espiritual de los fieles; todo en ellas, pues, debe estar subordinado a ese fin.

Casa de Dios y puerta del Cielo, Hogar de las almas, Casa paterna de los hijos de Dios, Escuela de toda verdad, Hospital de los corazones enfermos, Despensa de almas hambrientas, Faro siempre encendido de los navegantes del mar de la vida,



se llaman con sobrada razón los templos católicos; y cuanto en ellos se hace, se dice o se expone, condicionado ha de estar por esas distintas denominaciones y oficios.

El púlpito por ejemplo, es para que el predicador, que desde él enseña, pueda ser más fácilmente visto y oído por la congregación de los fieles.

El carpintero, pues, el marmolista, el herrero y albañil, que lo construyan y el artista que lo proyecte y exorne, faltarán a la más elemental ley de construcción, si no procuran que su púlpito antes que obra rica de originalidad y de arte, sea púlpito, esto es, lugar desde el que con el máximo de facilidad se pueda hablar y hacerse oír.

La protesta

Esta idea que expongo y que tiene todos los caracteres de una perogrullada, de puro sentido común, ha sido sin embargo, olvidada, no tenida en cuenta y aún pisoteada por muchos, muchos artistas, aún de los llamados religiosos, y por sus fautores y mecenas.

Desgraciadamente hartas veces parece que se han hecho los templos para el arte y no el arte para los templos.

¿Casos?

El órgano, *verbi gratia*, que no tiene más razón de ser en las Iglesias que sostener y dirigir la oración cantada, y con sus armonías ablandar y elevar los corazones, en vez de servir para eso, en multitud de casos tiende a ahogar, dominar y hasta suprimir el canto de la oración y a entretener y disipar los espíritus con la ejecución, todo lo artística que se quiera, de conciertos, piezas y aires tan mundanos como profanadores de la Casa de Dios.

Otro caso

El reloj dentro del recinto sagrado, si se limita a señalar sobriamente las horas para la puntualidad de los actos del culto, sirve a la Iglesia; pero, si ese servicio lo presta por medio de una sonería o movimiento de juguetería, todo lo artística y original que queráis, no sirve a la Iglesia, por la sencilla razón de que, en vez de fomentar la devoción, la disipa y distrae.

¡Y cuántos, cuántos ejemplos podría citar de desviaciones y de extravíos de la misión del arte dentro de la Iglesia, y que, por lo mismo, y a pesar de todo el respeto y el cariño que al arte hemos de guardar, merecen protesta y rectificación!

LUMEN, VITAE

De cómo el arte, rico don del Cielo,
no ha guardado siempre en el tem-
* plo el recogimiento debido *

En donde más olvidó el arte su misión de *medio* y de *servidor* y se alzó a la categoría de *fin* y de *señor* en el templo, fué en el altar del Santo Sacrificio.

Aunque la frase parezca dura, puede afirmarse que, en su afán de lucirse, el arte se *ensañó* con la Liturgia del Altar, no sólo relegándolo a la mínima forma; sino aún desfigurándolo, desconcertándolo y esclavizándolo a su capricho.

No hablo de memoria o de fantasía, sino con hechos incontestables a la vista.

Y cuenta que aquí habla un ferviente admirador y devotísimo amigo del arte.

Amicus Plato, sed magis amica veritas.....

El altar en el templo

De todos es sobradamente sabido que el lugar principal de un templo es su altar. Es su clave de arco, su razón de ser, su punto de convergencia, su centro.....

Como el Sacrificio es el acto esencial de la Religión, el altar sobre el que se ofrece es esencial al culto que da la religión: hasta el punto que si levantáis un altar por tosco y mezquino que sea, allí

podéis decir que hay un templo: y en cambio, si levantáis muros elevados y preciosos y con ellos sostenéis bóvedas y artesonados riquísimos y los adornáis con imágenes y símbolos y con órganos y campanarios del más exquisito arte y con púlpitos muy sonoros y en medio de tantas magnificencias no levantáis un altar, llamad aquel lugar como queráis, palacio, salón, teatro, academia, liceo pero, no podréis llamarlo templo, porque no lo es. Le falta el altar.

¿Y en qué consiste el altar litúrgico católico?

¿Cuáles son sus elementos esenciales?

El altar, que no es ni más ni menos, según la etimología de San Isidoro que un *alta ara*, tiene dos elementos esenciales: el sepulcro de un mártir, y un crucifijo que pueda ser visto por todos.

Así, sobre el cuerpo de un inmolado por Cristo y ante la Imagen del gran Sacrificado, Jesús, Modelo, fuerza y premio de todos los sacrificados, y, a ser posible, mirando hacia el Oriente, quiere y manda la Iglesia nuestra madre, que se ofrezcan todas sus Misas y se celebre el acto esencial de su culto, se haga la profesión solemne de su Fe y se aprenda a guardar su Código de Moral. ¡Culto, Dogma, Moral, la Iglesia toda, en torno del Sacrificio y del Altar! (1)

(1) En mi libro «Abandono de los Sagrarios acompañados» léase «El abandono de la liturgia de la Misa».

Ojeada histórica

Como no pretendo hacer un estudio científico ni de liturgia ni de arte, y sí sólo vulgarización de ideas y notas que, quizás por sabidas se hayan olvidado, (y ¡cuánto ha dañado ese olvido!) para mi intento me basta dividir esa por demás curiosa e interesante historia de las relaciones del arte con el altar en tres períodos: 1.º de sumisión gloriosa; 2.º de engreimiento tiránico, y 3.º de conversión tímida.

El primer período dura casi los primeros doce siglos de la Iglesia. El segundo comienza el siglo trece, se enseñorea con el Renacimiento y se ensaña por medio del hijuelo de éste, el Barroco, y todavía da señales de vida, y el tercero tímidamente en unas partes y decididamente en otras, inicia la sana reacción litúrgica y artística.

De cada uno de esos períodos diré, D. m., lo que más directamente toque al asunto.

PRIMER PERIODO

De sumisión gloriosa del Arte al Altar

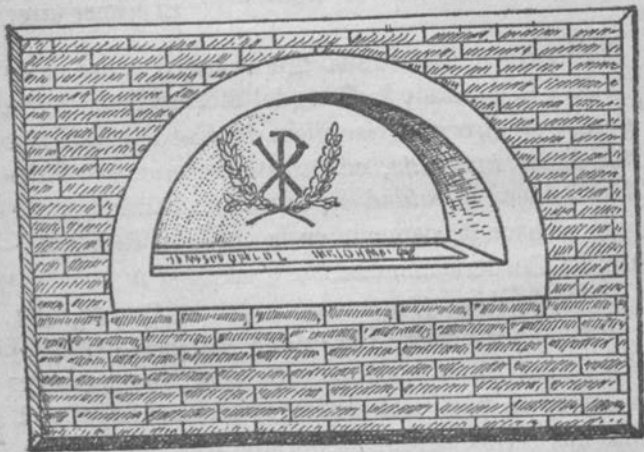
El primer altar

El primer altar de la Iglesia fué la Mesa de la Cena y la piedra y la Cruz del monte Calvario; en aquélla se ofreció el Sacrificio del Cordero que *había de ser inmolado*, en éstas el mismo Sacrificio del Cordero *inmolándose*, como sobre nuestros altares se hace diariamente en la oblación del Sacrificio del Cordero *inmolado*.

Por la dura y universal persecución con que comenzó a propagarse la Iglesia, los primeros altares de sus Misas eran de ordinario, una mesa de madera, un arca, una piedra, lo que se encontraba más a la mano. Sepultada durante tres siglos en las catacumbas, prefirió para altar, sin duda por divino instinto, la tumba de sus mártires. El Altar, pues, de las Catacumbas solía ser esto solo: el sarcófago que guardaba, enrojecido aún con la sangre recién vertida, los gloriosos despojos de los Mártires del

circo y una Imagen del Buen Pastor, del Pez de Jonás u otras bajo las que en aquellos tiempos de persecución se ocultaba la de Jesús Crucificado, esculpidas o grabadas en el muro del fondo del *arcosolio* (sepulturas cobijadas por un arco) que adornaba y honraba el sepulcro del Mártir.

En los tiempos y en las ocasiones que durante esos tres siglos soplaban aires de libertad, o mejor, de tolerancia, no era raro ver a los cristianos reu-



ARCOSOLIO

ALTAR DE LAS CATAUMBAS SOBRE EL SEPULCRO DE UN MÁRTIR: EL NOMBRE DE ÉSTE ESTÁ ESCULPIDO SOBRE LA TUMBA; EN EL FONDO EL ANAGRAMA DE JESUCRISTO.

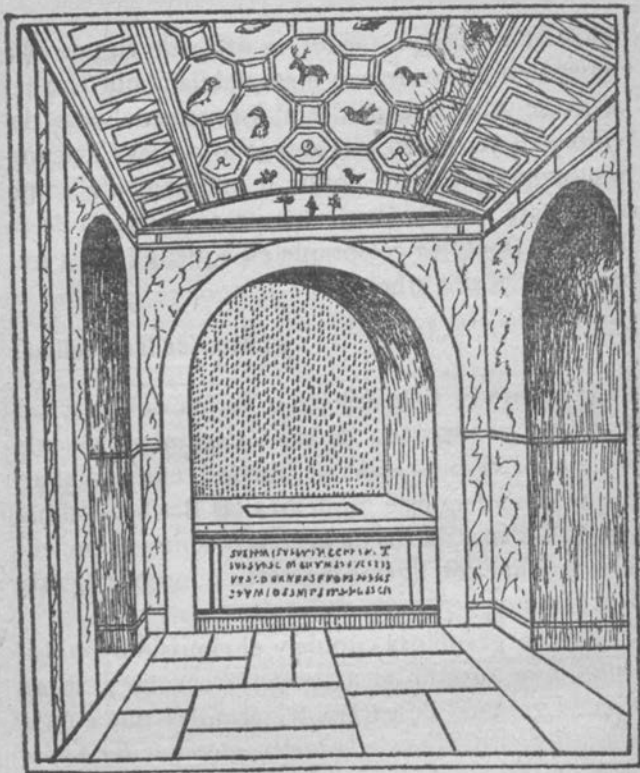
nidos en el atrio, corredor, o patio de alguna villa romana en torno de una mesa cobijada por rica tela, no se sabe si como reminiscencia del altar del templo de Jerusalén, del arcosolio de las Catacumbas, como dosel de honor o simplemente como toldo para resguardar de los rayos del sol o de la lluvia al Pontífice celebrante en aquella Iglesia improvisada al aire libre.

El Altar de las Basílicas

Enamorada la Iglesia de la forma del Altar tan simbólica y adecuada de las Catacumbas, cuando comenzó a respirar aires de libertad, encargó al arte que trasladara este modelo a las Basílicas romanas, que eran palacios de justicia o contratación, cuya estructura con ligeras variantes, adoptó la Iglesia para templos.

Bajo la grandiosa cúpula y el riquísimo *baldaquino* que sucedió al arco del arcosolio y sobre elevada gradería de variados mármoles que cubría la cripta guardadora de la tumba gloriosa del Apóstol de Jesús, se alzaba el altar sobrio, severo, rico (1), sin más adornos que los seis cirios de sus candeleros e irguiéndose sobre las luces de sus cirios la Cruz grande con Jesús enclavado en ella.

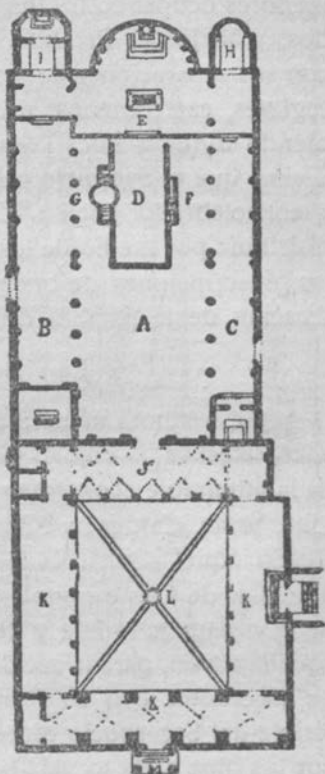
(1) Se hicieron altares con planchas de plata y oro; los siete de la Basílica Constantiniana eran todos de plata.



Una capilla más suntuosa de las Catacumbas: En el fondo, el altar, que es el sepulcro de un mártir: la inscripción delantera recuerda sus virtudes: en el fondo, una pintura mural que representa el Paraiso o el Bautismo: en el techo, pinturas romanas: el revestimiento y enlosado de mármol.

PLANTA DE LA BASÍLICA DE SAN CLEMENTE
DE ROMA, DE TRES NAVES Y QUIZÁS EL
MÁS TÍPICO EJEMPLAR DE BASÍLICA
CRISTIANA QUE QUEDA

A. Nave central.—B. y C. Naves laterales, la de la derecha reservada a los hombres y la de la izquierda a las mujeres.—D. Coro con respaldo bajo de cantores.—E. Presbiterio.—F. Cátedra para la lectura de la Epístola.—G. Cátedra para la lectura del Evangelio.—H. Sacristía.—I. Lugar para las ofrendas de los fieles.—J. Narthex, vestíbulo que ponía en comunicación el *atrio* con la iglesia y era el lugar destinado a los penitentes y a los catecúmenos.—K. Pórticos del atrio.—L. Depósito de agua para las abluciones.—M. Vestíbulo.

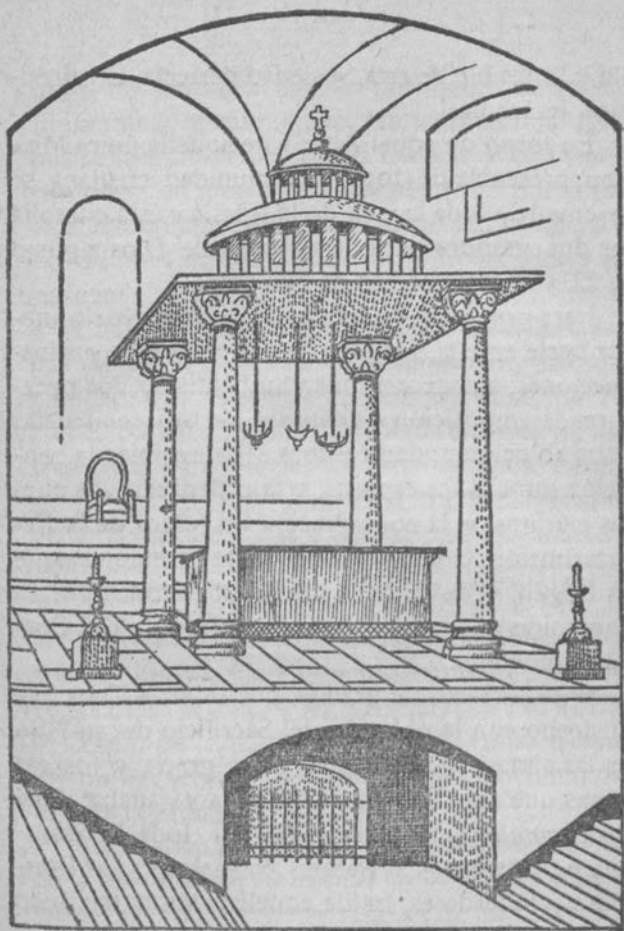


Y en torno del altar del Sacrificio los asientos del Presbiterio para su Sacerdocio jerárquico; al fondo y a la misma altura del altar, el trono del Pontífice, y, como saliendo de su lado y formando corona de honor al altar, los Clérigos mayores y menores ocupando los lugares propios de sus grados, y abajo del Presbiterio el lugar de los fieles con sus separaciones de sexos y estados (religiosos, seculares, catecúmenos, neófitos y penitentes) recibiendo todos a boca llena los raudales de gracia divina que el Sacrificio celebrado por su Pontífice y concelebrado por su Clero, atraía del cielo y distribuía por medio de los Santos Sacramentos, de las prescripciones de buen gobierno y de la predicación de la palabra divina.....

La Liturgia de la concelebración

¡Qué hermosa manera de representar y a la par hacer efectiva la unidad jerárquica diocesana y toda la admirable economía sobrenatural de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica!

En aquel ocupar cada uno su lugar en torno del Altar de Cristo inmolado, única fuente invisible de la vida de la Iglesia y de todo Sacerdocio, y en aquella unión, para la acción fundamental del culto, de sacerdotes con su Pontífice, verdadera fuente visible del Sacerdocio diocesano ¡qué bien se metía por los ojos hasta lo más hondo del alma lo invisi-



VISTA DEL SANTUARIO DE UNA ANTIGUA BASÍLICA

ble y lo visible de esta Sociedad perfecta, Cristicéntrica, jerárquica!

En torno de aquel Altar y de aquella única Misa y en presencia de toda la Comunidad cristiana se desenvolvía toda la vida de la Iglesia y ésta cumplía sus dos grandes fines: la alabanza de Dios a gusto de El, y la santificación de las almas.

Para prepararse a la Misa y tomar mayor o menor parte en ella, recibían los Catecúmenos sus instrucciones, sus exorcismos y su bautismo, los pecadores la imposición o remisión de sus penitencias o sus abluciones: dentro de la Misa, recibían la bendición nupcial los esposos, y la ordenación los nuevos clérigos, y la consagración los oleos de la Extremaunción, Confirmación y de las ceremonias que los exigen, y de la Misa participaban todos por la Comunión de la santísima Carne y Sangre del Cordero Inmolado.

¡Qué acciones de gracias, por sentir a Dios tan satisfecho con la oblación del Sacrificio de su Hijo y a las almas tan rebosantes de la gracia y los carismas que aquel Sacrificio les valía y ganaba! ¡Qué *Postcomuniones* tan paladeadas por toda la asamblea y presentadas al Padre Celestial por sus Pontífices y Sacerdotes, las de aquellas Misas tan bien aprovechadas! ¡Qué alegres y alentadoras para las luchas de la semana las salidas al espacioso atrio después de participar de aquellas Misas, sintiéndose

todos *tan unos con su Dios* por medio de su Cristo inmolado y comulgado, *tan unos con su Iglesia* por la comunicación con su Obispo y con sus Sacerdotes, *tan unos con los demás fieles* por la participación común recibida en torno del mismo Altar!

¡Pobre Liturgia y pobre espíritu litúrgico y eclesiástico!

Cuando se comparan aquellas Post-Misas, aquellas salidas de Misas tan rebosantes del gozo de la Caridad, con las salidas de nuestras misas de Funciones principales tan frías como ruidosas, de nuestras Misas parroquiales sin parroquianos, de nuestras Misas de Doce y de Una tan profanadas con exhibiciones atrevidas y disipaciones paganas!....

El buen servicio del arte

Volviendo a mi tema de las relaciones del arte con la Liturgia, hasta este momento que describo, aquel había servido a las mil maravillas su oficio.

Tanto en las Catacumbas como en las Basílicas, fué un fiel servidor y digno de todo encomio de su Señora la Liturgia.

Serán siempre glorioso testimonio de este bueno y leal servidor lo mismo las vacilantes y a veces infantiles inscripciones y relieves de las Catacumbas propios de un arte niño recién nacido y recién bautizado, como las grandiosas y atrevidas composiciones de los policromados ábsides, así como las

acertadas y graciosas distribuciones de sus ginéceos y girolas, de sus Narthex y Atrios y las fecundas inventivas de los capiteles, archivoltas, mosaicos y tímpanos del flexible arte romano y del adusto y recio arte románico. ¡Con qué gracia y delicadeza, entre otros ejemplos que pudiera citar, ha recogido el Arte el encargo de la Liturgia de conservar para el Altar del Sacrificio el lugar preeminente, no permitiendo primero que se coloque nada sobre la piedra sepulcro que esencialmente la forma, ni luces, ni Cruz, ni aún el Sagrario mismo e ideando después para estos elementos lugares adecuados y honrosos!

Colocada la Cruz o colgada del techo del Baldaquino o sostenida al lado del Evangelio por un Subdiácono revestido, mientras la celebración de los santos Misterios, la alumbraba de uno de estos cinco modos, que nos muestra la Arqueología: o en arañas pendientes del mismo techo del Baldaquino, o de una viga delante del arco toral o de enfrente al altar, o sobre candeleros o ciriales sostenidos por los ceroferarios que acompañaban al Subdiácono Cruciferario, o sobre dos mesitas o credencias a los lados del altar y separado del mismo, o, por último, colocando dos cirios cortos sobre los brazos de la misma Cruz.

A todos estos procedimientos recurren el Arte y la Liturgia para dejar intacta la piedra santa y ungi-

da del altar. Y se declara más este empeño de reservarlo sólo para el Santo Sacrificio, cuando se ve que el mismo Sagrario de estas primitivas Iglesias, no descansa sobre la mesa del altar, sino que, como la cruz, cuelga en forma de paloma de la Cúpula del Ciborio o Baldaquino.

Así se comprende mejor cómo al celebrar la Santa Misa el Pontífice de cara al pueblo, éste sin obstáculo alguno podía contemplar y seguir todas las ceremonias, pues ni aún el misal o los libros que le precedieron descansaban sobre el altar, sino, en los momentos precisos, sobre los brazos y frente de los ministros que los sostenían y presentaban.

En aquella desnudez del altar y ante aquella figura saliente del Pontífice celebrante ¡qué bien se representaba las dos ideas madres de toda la Religión, Sacrificio y Sacerdocio... y todo lo demás brotando de ahí...! De aquella desnudez del altar a estos altares armarios, cómodas, consolas, peanas y arca de cosas viejas, que hartas veces se estilan, ¡qué abismo!

El Arte y la Cruz

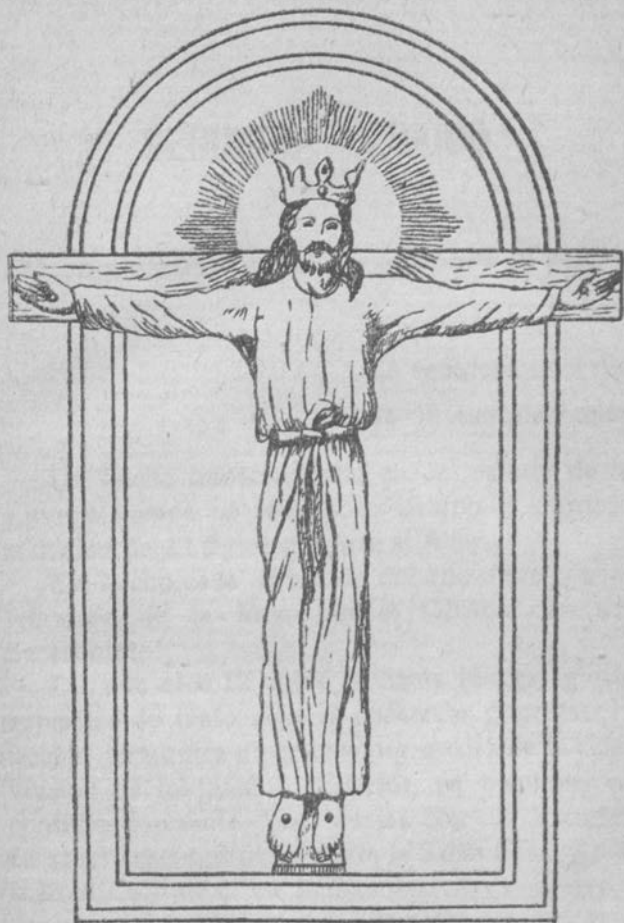
Las mismas formas bajo las que fué el arte presentando la Cruz, ¡cuánta propiedad y gentileza descubren!

Sea por atenuar lo triste y doloroso del recuerdo, aún tan vivo, de la ignominia de la muerte en

Cruz de Nuestro Señor, sea por no estar todavía abolida la muerte en cruz para los más depravados criminales, sea por temores de fomentar de algún modo las predicaciones heréticas contra la Santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo de Nestorianos y Eutiquianos, es lo cierto que así como en las catacumbas por miedo a la persecución se representaba a Jesús en forma de serpiente (recordando la del desierto de los Israelitas), de Jonás, de las letras griegas Alfa y Omega (principio y fin), de una rosa en la punta de una vara (flor de Jessé), del Pez, &c., &c., desde el siglo IV en que Constantino puso la Cruz sobre sus estandartes, sus monedas y sus vestiduras imperiales, hasta el VI o VII se usó sólo la Cruz sin crucifijo o con un Cordero sacrificado en su centro y a veces también en los cuatro extremos.

Y es de notar que durante unos seis siglos o más el Arte más veces representa en los Crucifijos a Jesús Rey desde la Cruz vestido con túnica y ceñido con corona real, sin duda como reacción contra la ignominia y el ludibrio de su Pasión y Muerte y de la larga persecución en sus miembros sufrida durante tantos siglos.

Desde el siglo XI se va acentuando la tendencia a la representación de Jesús atormentado, agonizante y muerto en la Cruz como ya desde el XVI es uso constante en toda la Iglesia.



CRUCIFIJO ANTIGUO (SIGLO XII)
(CATEDRAL DE AMIENS)

SEGUNDO PERIODO

De engrimiento del Arte sobre el Altar

La decadencia del rito de la concelebración

Un hecho transcendental en la historia de la Liturgia rompe en muy poco tiempo la gloriosa sumisión de 12 siglos del Arte al Altar.

Ese hecho es la abolición del rito de la concelebración de la Misa por el Obispo con sus Sacerdotes.

Durante esos 12 siglos la Santa Madre Iglesia había tenido tanto afán en conservar y mostrar la unidad jerárquica diocesana por medio de la celebración de los Santos Misterios, en mantener en contacto constante a sus ovejas con sus Pastores en el acto esencial de su culto, la Santa Misa, y por la irradiación de él en la manifestación y desarrollo de la vida divina, que antes de desprenderse del rito de la concelebración de una misma misa por el Obispo con su Presbiterio, (tan a propósito

para representar, recordar y hacer efectiva y fecunda aquella unidad) permitía, cuando la multiplicación de los fieles lo exigía, a sus Obispos tres, cuatro y cinco misas (1) en cada Domingo siempre en unión de sus Sacerdotes.

Cómo se fueron introduciendo las Misas privadas

Cierto que en los demás días de la semana se fué autorizando poco a poco la celebración privada de cada Obispo y Sacerdote, y a España le cabe la gloria de haber tenido en vigor este uso de la Misa privada diaria antes del siglo IV mucho antes que otras naciones, pero el domingo y día de Fiesta, prohibidas las misas privadas, era obligatorio para todos los fieles la asistencia a su Misa Pontifical, si vivían en Roma o en la capital de la Diócesis, o parroquial en otro caso.

De ahí precisamente proviene que primero se haya celebrado en la Iglesia la Misa solemne que la privada y que la Liturgia de ésta no sea más que una reducción o abreviación de la de aquélla como recuerda aún la multitud de antífonas, sal-

(1) Del Pontífice León III cuentan sus biógrafos que *concelebraba* con su Clero cada Domingo, *ocho y nueve* Misas para que todo Roma pudiera asistir a la Misa Pontifical y participar de ella.

mos o himnos incoados del *Ordo* de nuestras Misas privadas que eran íntegramente cantados en las Misas solemnes.

¿Las causas?

Dejo a los historiadores y expositores de Liturgia y del Derecho la enumeración de las causas de la desaparición del rito de la concelebración, a las que ciertamente no fué extraña la larga y desastrosa residencia de los Papas en Aviñón, ni fué ajena, según el valioso testimonio del Cardenal Bona, la aparición de las Ordenes mendicantes con su multiplicación de Iglesias, a más de las parroquiales existentes, con sus facilidades para la recepción de Sacramentos de Penitencia y Comunión, con necesidades de aplicar en Misas las cuantiosas limosnas a ese fin recibidas de los fieles, y con la atracción que necesariamente habían de ejercer sobre éstos el fervor y la abnegación de los nuevos Institutos, etc. etc.

Y sí me atrevo a asegurar, que como causa o como efecto, con la desaparición de este rito y con la disminución de la Liturgia pública y colectiva está muy unida la invasión (así puede llamarse) de exenciones, con respecto de la jurisdicción episcopal, de Ordenes, Instituciones, Cofradías, Caballerías, Territorios, Iglesias, Abadías, Prioratos, y Cargos eclesiásticos que caracterizan sin-

gularmente a los siglos XIV y XV hasta el extremo que seguramente en no pocas diócesis no quedaría otra ocupación a los Obispos que atender al mantenimiento e instrucción de sus tropas de pecheros, a la rotura, al cultivo y a la defensa de sus campos y Castillos o a la prestación de auxilio a las guerras de los señores vecinos o de los Reyes de sus territorios.

¡Triste, en verdad, enfadoso y funesto contraste entre estos dos cuadros, el de sana y ordenada centralización del culto y de la vida religiosa diocesana en la persona y autoridad del Obispo con su Clero unido a él en 12 siglos y el de huída o recelo de la jerarquía diocesana, que a no mediar la asistencia indeficiente del Espíritu Santo sobre la Iglesia y la institución divina del Episcopado, hubiera acabado por dejar cesantes a todos o a la mayor parte de los Obispos de su ministerio sagrado o condenados a un insoportable aislamiento burocrático señorial totalmente incompatible con el *possuit régere Ecclesiam Dei*.... y el *pascite qui in vobis est gregem Dei*!....

Es lo cierto, que esa misma tendencia a la descentralización del culto y de la vida eclesiástica que se inicia en el siglo XIII y prosigue avasalladora en el XIV y XV, a la par que separa a los fieles de la Misa y del ministerio pastoral de los Obispos en las Catedrales, los aleja de las de sus

Párrocos y acaba con las asambleas parroquiales del Domingo, a pesar de las constantes y enérgicas protestas de la Iglesia por sus Concilios provinciales que repetían la prohibición a los Religiosos y Sacerdotes no párrocos de tener Misas, Oficios y predicaciones los Domingos y Fiestas en sus Iglesias para no impedir a los fieles, que acudieran a sus respectivas Parroquias (1).

En el siglo XVI, por último, se da un paso definitivo en la descentralización con la Constitución Apostólica *Intelleximus* de León X, que declara que los Domingos y Fiestas se puede oír Misa en las Iglesias de los Religiosos mendicantes sin cometer pecado mortal ni contraer penas canónicas.

Hoy apenas queda del rito de la concelebración otro rastro que la Misa de la ordenación de los presbíteros y la Misa y Consagración de Oleos del Jueves Santo.

¿Qué hace entretanto el arte? Huye y se emancipa de la Liturgia, como los fieles. Veréis la historia.....

(1) La Colección de Concilios de Mansi está llena en sus tomos 23, 24 y 25 de documentos conciliares de esta índole.

Cómo coincide con la decadencia de la liturgia la emancipación y engraimiento del arte

Para el fin de estas líneas, que es señalar las relaciones del arte con el altar, me basta hacer constar que con la desaparición del rito de la *con-celebración*, y repito, no sé si como causa o efecto, se inicia en la Iglesia un largo período de decadencia litúrgica y que quizás el elemento que más sintió los efectos deplorables de esa decadencia fué el más digno de todo respeto, el altar.

Es muy digna de ser estudiada la evolución por la que le hacen pasar la ignorancia y decadencia del espíritu litúrgico de los directores, y mecen-
nas del arte llamado religioso. ¡Lástima que un arte tan fino, rico y pródigo tuviese tan desacertados consejeros!

A grandes rasgos, no más, expondré las dos curvas divergentes, que comienzan a correr dentro del templo, la Liturgia y el Arte a partir del siglo XIII.

Ved sinó en ese tiempo lo que fué diciendo y haciendo el arte.

El trono del Obispo desaparece

Si el Obispo no ha de decir su Misa, pública y solemne ya tan frecuentemente, mirando al pueblo

desde el lado allá del Altar como en la Misa de concelebración ¿por qué ha de quedar su trono tan detrás del Altar? Pongamos al Obispo en donde se vea más *cuando tenga que ir a su Catedral.*

Con un dosel de *quita y pon* al lado del Evangelio tenemos ya bien colocado al Obispo..... *cuando vaya a su Iglesia.*

Aparece el retablo

Quitado el sitio del Obispo del fondo del Presbiterio, ¿quedaba tan desairado el altar!.... Podíamos agrandar un poquito los Dípticos o Trípticos o sacras y, en vez de los nombres de los vivos y difuntos por los que había que pedir o a los que había que encomendarse, podríamos pintar unas imágenes o colocar unas estatuas o relicarios..... y comienzan los respaldos o *retablos (retro tabulam)* que llegan a ser los enormes retablos de batea del estilo ojival con un sin fin de tablas primorosamente pintadas o esculpidas y los exagerados retablos del Renacimiento repletos y recargados de pórticos y columnas, frutas y flores, cuernos de la abundancia y ángeles mofletudos y cariátides grotescas.

El baldaquino suprimido

A medida que se agrandan y recargan los retablos desaparecen los *baldaquinos*, el *dosel de honor*

para el más augusto lugar del templo y la función más santa.

La Cruz errante

Y falta sitio para la Cruz grande, el elemento litúrgico indispensable, y es colocada como remate de las elevadas bateas góticas y tan alta, por consiguiente, que cuesta trabajo mirarla o se queda definitivamente sin sitio ¡en el altar! como en la mayor parte de los demás retablos en los que parece que la han condenado a estar perpetuamente errante, delante de la puertecita del Sagrario y sujeta por tanto a los movimientos de ésta, dentro del Manifestador (lo que está prohibido) cuando no hay manifiesto o como remate diminuto de la Sacra central.

¡Hasta el altar peligral

Las mesas del altar en este desquiciamiento litúrgico se adhieren o adosan a esos enormes muestrarios de colores y tallas, de fauna y flora doradas, como una cornisa, un saliente más cuando no como un arca para guardar cosas viejas o un apéndice de *quita y pon*, como antes con el sitial del Obispo, del que se puede prescindir o usar para que sirva de sostén a floreros, candelabros, nubes y demás bambolla en las grandes iluminaciones de las pomposas Novenas y ruidosas funciones.

¡Pobre altar litúrgico! ¿Podía rebajarse y desnaturalizarse más?

Habría que despojarlo más aún.

Presbiterio sin presbíteros

Aunque la Liturgia y el Dogma habían convenido en representar el Sacerdocio como un círculo cuyo centro es el Sacrificio y el arte litúrgico puso el altar del Sacrificio en el centro del *Presbiterio* o lugar de los Presbíteros, el arte ignorante de la Liturgia se dijo: Dejemos los presbiterios para que luzcan más y mejor nuestros vistosos *retablos*; en cambio hagamos para el Clero unos magníficos coros de mucha talla, de mucha riqueza artística y pongámoslos en medio de las iglesias para que se *vean mejor* y se admiren más nuestros alardes artísticos.....

Los quejidos de la Liturgia

Pero ¿y los fieles cómo verán el altar en esas Catedrales truncadas? ¿cómo asistirán en familia a la Misa? replicaba la ofendida Liturgia. ¡No importa proseguía altanero y engreído el arte: ya haremos muchas capillas y altarcitos, con muchos primores también, para que cada cual vaya a Misa y rece en donde quiera según su piedad y gustos particulares.

Pero ¿y la Misa pontifical o parroquial oída y participada por todos? ¿y el culto colectivo?, suspiraba la angustiada Liturgia.

—¡Antiguallas! replicaba el engreído vencedor, ¡el arte ante todo!

La tiranía artística triunfa

Y siguió el camino de devastación del sentido litúrgico y de ostentación a todo trance y por encima de todo; y en lugar de la graciosa balaustrada baja que separaba el presbiterio del lugar propio para los cantores y para el pueblo fiel, forjó y cincelo unas cancelas altísimas, de gruesos y labrados barrotes de hierro o bronce de complicadísimos adornos y encajes, elegantes, atrevidas, preciosas..... pero con toda su preciosidad, más propias para quitar los Santos Misterios y Sagradas Ceremonias de la vista del poco pueblo que aún cabe entre el Altar y el coro de en medio de la Iglesia..... y prosiguiendo su desaconsejado camino, labró unas cruces y ciriales procesionales de cincelados y filigranas de tan subido valor, como pesados, que o no podían ser llevados en la procesión por el muchas veces viejo subdiácono ni por los niños de coro y sí sólo por mozos de cordel alquilados y uniformados para ese oficio..... y colocó los Sagra-rios, ¡la despensa del Pan espiritual de cada día! en lo más alto de los Altares y los Manifestadores de

S. D. M. en lo más empinado e inaccesible de los mismos y, para pasear triunfalmente al Santísimo Sacramento por las calles, fué construyendo Custodias tan ricas como pesadas y superiores a las energías del Sacerdote más forzado, cuyas manos consagradas son el mejor trono y la mejor silla gestatoria de Jesús, y hubo menester echar mano de andas que las hizo muy vistosas, es verdad, pero que sin el empuje de mozos de cuerda no pueden moverse..... y puso los ojos en las Imágenes sagradas y ¡cómo las vistió y las revistió a las veces! y ¡cómo las acompañó tantas veces, en lienzos y retablos, en respaldos y sillerías de coro, en exornos de pilares y portadas de templos y en las piedras de los mausoleos y criptas, de dioses de la gentilidad pagana, y de figuras y símbolos profanos y atrevidos!.... Y, a fuerza de dilapidar los tesoros con que la Piedad, desorientada o poco ilustrada, lo alimentaba, el arte empobrecido, parece que empleó sus últimos alientos en empobrecer y desfigurar los ornamentos sagrados..... y las solemnes y vistosas casullas se trocaron en las raquílicas *guitarras* de nuestros días, las dalmáticas y capas amplias de ricas imaginerías bordadas a mano, en recortados mandiles y capitas inglesas de algodón o seda vegetal, con imaginería de fábrica o de pintura, del mismo modo que a las ricas y suntuosas edificaciones de piedra o ladrillo tallado sucedieron los *góticos*

de repostería y las edificaciones de *cemento armado* y las imágenes de cartón madera.....

Pero ¿a qué seguir?

¡Si con lo apuntado sobra para justificar el título de *engreimiento tiránico* con que calificué este segundo período de la historia o monografía que vengo haciendo de las relaciones del arte con la liturgia y especialmente con el altar litúrgico!

Suum cuique

Y de esa historia y de los testimonios que aún quedan, salta a la vista de todos que, por muy digno de estima, admiración y encumbramiento que sea el Arte, están por encima el cariño y la veneración que a la Liturgia se deben y todos los títulos nobiliarios y servicios inapreciables de aquél no pueden impedir que al gesto de gratitud honda y larga que la Iglesia le debe, se mezcle el ¡ay! de lastimada y despreciada.

TERCER PERIODO

De reacción litúrgica lenta

Lo que había quedado

Desolador en verdad ha sido el cuadro que acabo de presentaros de los estragos perpetrados por el arte engreído y tiránico contra la arrinconada Liturgia.

No todo, sin embargo, se había perdido en el naufragio y en el despojo de las buenas doctrinas y prácticas litúrgicas.

Así tenía que ser al fin y al cabo; el árbol de la Liturgia con sus raíces divinas y su savia dogmática y su cultivo a cargo de la Iglesia indefectible, no podía ser tronchado, secado ni marchitado por la yedra humana del arte.

Quedaron en pie en medio de tantos atropellos, como testigos acusadores y semilla de resurrección, las Basílicas romanas conservando su Altar papal cobijado por su baldaquino de honor, con su solio para el Pontífice al fondo y su coro para el sacerdocio jerárquico en torno de aquél.

Quedaron en pie y en la misma disposición que en las Basílicas romanas los altares pontificales y abaciales de alguna que otra Catedral y Monasterio.

Desgraciadamente en nuestra España, tanto en sus magníficas y espirituales Catedrales góticas como en sus abadías, apenas quedó rastro del altar litúrgico primitivo.

Parece que eso que ahora ha dado en llamarse *ola de locura* invadió los recintos sagrados, achicando, despojando y arrinconando el Altar e inutilizando las Iglesias, que precisamente se hicieron grandes para que en ellas se reuniera y cupiera *todo el pueblo* fiel ante el altar central o mayor, con los descomunales estorbos de los coros en mitad de ellas.

El alba de la restauración litúrgica

A Dios gracias y merced a los meritísimos trabajos de investigación, de apología y de apostolado de la Liturgia que se vienen realizando, singularmente, y es de justicia confesarlo, por la egregia Orden benedictina, podemos saludar el alba de una restauración litúrgica, si no tan rápida como fuera de desear, sí sólida y admirablemente orientada y esperanzadora.

Dos casos

Como no escribo una obra minuciosa de crítica artística ni litúrgica, sino de síntesis histórica y orientación litúrgica en favor principalmente de mis Seminaristas y Sacerdotes, más que seguir paso a paso un camino, he de preferir detenerme en las cumbres para desde ellas extender la vista y apreciar el conjunto.

Y en esa contemplación desde la altura diviso dos casos que merecen citarse como muestras elocuentes de una valiente y decidida restauración litúrgica y artística.

El primero es la construcción de la Basílica de la Sagrada Familia en Barcelona, de cuyo autor y alcance me ocuparé más tarde.

El otro caso es el de la Catedral de Oviedo.

Destruído y destrozado por un incendio, a fines del siglo pasado, según me contaron, el antiguo coro de enmedio del templo, (hay que reconocer que no siempre los incendios *son mal intencionados*) el Rdm. Prelado a la sazón, guiado por un gran conocimiento y amor de la Liturgia, construyó el nuevo coro no en el lugar en que *estorbaba* el otro, sino en el Presbiterio en torno del altar, cobijado bajo artístico baldaquino.

¡Qué bien, si la reconquista litúrgica comenzada en Asturias siguiera la misma suerte de la reconquista patria en aquellas montañas iniciada!

Un crítico de arte, en la descripción de esta reforma del coro asturiano, se permite decir que aquella Catedral se dejó invadir de la *moda* de quitar los coros de enmedio de las naves centrales. ¡Bendita moda! ¡Que no lo fuera de verdad!

Lo cierto es, que en los últimos años del siglo XIX y en los que llevamos de éste, la Sagrada Liturgia se va viendo desagraviada, estudiada, conocida, amada, buscada, enaltecida y colocada en el lugar de honor que merece.

A estos dos casos ejemplares de restauración litúrgica puedo añadir con gusto en esta edición el de la Catedral de Granada en la que su llorado Cardenal Casanova venciendo obstáculos y críticas de los enemigos de la llamada *moda* ha devuelto al Altar su coro y a los fieles la hermosísima nave central. ¡Cuánto me holgué en la inauguración solemne contemplando más de diez mil fieles viendo el altar de su Misa!

Lo que hace falta para la restauración

¡Ojalá se entre y ande cada día con más valor or ese camino, todavía andado por muy pocos!

Y pongo la palabra *valor*, porque lo ha menester quien se decida a romper lanzas con los grandes enemigos de la Liturgia: la rutina, los preju-

cios, la ignorancia y la tibieza en el amor a la Santa Madre Iglesia.

Un ejemplo y una prueba a la par de que sin un *gran valor* no se va sino a una reacción *lenta y tímida* los da el altar tal como se va construyendo hoy. Es cierto que se le va dando más realce e importancia separándolo del retablo (cuando de altares mayores se trata), pero en vez de *Baldaqino* para todo el altar, no se construye más que para la Exposición solemne del Santísimo y el altar del Sacrificio queda sin su *dosel de honor*. No es eso lo que *manda la Liturgia*. El Baldaqino debe cubrir *todo* el altar y ya huelga otro que cobije el Sagrario o la Custodia. El mejor trono para la Exposición es el mismo altar.

Actualmente y para cumplir las prescripciones de la S. Liturgia, en la Catedral de Málaga se trabaja para que el baldaqino de piedra, que sólo cobijaba el trono de la Exposición, con el suplemento de un rico y artístico dosel, cobije también el Altar.

Inetaurare omnia in Christo

Aquel grito del gran Pío X, de restaurarlo todo en Cristo, o sea, de hacer que todo lo cristiano fuera y se hiciera más cristiano y a su vez todo lo de la Iglesia fuese y se hiciese más eclesiástico, ha sido a mi ver, la voz de la resurrección de muchas cosas

que estaban o parecían muertas en la Iglesia y entre las que se contaba el sentido tradicional litúrgico.

Es indudable que, a partir de aquel grito del inolvidable Pío X, la Liturgia arrinconada en no pocos lugares sagrados comenzó a sacudir el polvo que olvidos, pretericiones, ignorancias, desprecios y mixtificaciones habían hecho caer sobre su veneranda y bella figura, y a imponer orden y regla y respeto a sus engreídos e infatuados despreciadores como la rutina, el mercaderismo, la piedad desorientada y sin jugo y el arte desmandado.

A poco de su elevación al solio pontificio provocaba Pío X en la Iglesia por medio de su Motu proprio de 22 de Noviembre de 1903 un enorme movimiento de renovación litúrgica, precursor a su vez de otras reacciones y retornos a la tradición eclesiástica.

Decía Pío X:

«Siendo nuestro más vivo deseo que el verdadero espíritu cristiano reviva de todos los modos y alimente a todos los fieles, es necesario, ante todo, proveer a la santidad y a la dignidad del templo en donde los fieles se reúnen precisamente para encontrar en él este espíritu en su fuente primitiva e indispensable, a saber: *la participación activa en los Misterios Sacrosantos y en la oración pública y solemne de la Iglesia*».

Lo que respondió la Iglesia

Y a la palabra resucitadora del Santo Pontífice fueron enmudeciendo las algarabías musicales más o menos artísticas que profanaban los templos y los llenaban de recuerdos e incentivos mundanos y se comenzó a oír en ellos el canto reposado, dulce, santificador de las oraciones y alabanzas litúrgicas en melodías gregorianas por las muchedumbres de los fieles, y la Misa, dejando de ser en la rutina inconsiderada de los fieles una cosa o escena a la que se asistía más o menos aburridamente, volvió a ser en la conciencia ilustrada la gran acción litúrgica y católica, el gran Sacrificio de alabanza, acción de gracias, expiación e impetración a Dios de la gran familia católica, así como el gran Banquete en torno del cual se sientan todos los hijos y del que participan la misma vida divina.

No me es dado seguir paso a paso la descripción de la Obra restauradora tan fecundamente iniciada por Pío X y generosa y espléndidamente seguida por las acertadísimas disposiciones de sus venerables Sucesores, Benedicto XV y Pío XI, y he de contentarme con consignar que nos encontramos en presencia de un hermosísimo despertar del sentido tradicional litúrgico, y que la Liturgia, esa gran maestra de la alabanza que gusta a Dios y de la pedagogía que educa, salva y santifica a

las almas, está hoy siendo de nuevo buscada por la Piedad cristiana para recibir de ella su orientación y su jugo, y por el Arte, que quiere ser cristiano, para tomar de ella su inspiración, su seguridad, sus puntos de vista, sus horizontes y su consagración.

Dígalo, entre mil pruebas que pudiera citaros, el número considerable de Revistas y libros que con ese fin y carácter se están escribiendo y de Escuelas y Academias de Arte litúrgico que se están fundando en España, Italia, Francia, Bélgica, Alemania, etc. Como los cristianos de las Catacumbas exclamarían el *resurrexit* al ver salir de las obscuridades de aquellas a las esplendideces y claridades de la Basílica romana el Altar y recibir el homenaje del Arte dócil, ordenado y ranciamente litúrgico, así nosotros podemos ya prepararnos a cantarlo.

Un restaurador eximio

: del arte litúrgico :

Huélgome en presentaros la figura de un insigne Arquitecto, cuya muerte aún lloran incontables admiradores, que llevado de su gran piedad hizo de su arte genial el más fiel y devoto servidor de la Liturgia. Cedo la palabra a la veterana Revista «El Propagador de la devoción a San José», órgano del famoso templo en construcción en

Barcelona de la Sagrada Familia, de que os prometí hablar.

Gaudí, el amigo de la Liturgia sacra

Cuando Don Antonio Gaudí y Cornet, a los cuatro años de obtenido su título de arquitecto aceptó el encargo del fundador de la Asociación Josefina de dirigir la construcción del gran templo expiatorio, empezado el año anterior, no sabía absolutamente nada de liturgia, desgracia común en aquellos tiempos del 1883 en los que las más de las veces cada cual celebraba los cultos con el esplendor que le sugería la fantasía, olvidada la Liturgia que aquí y en casi todas partes no era ni enseñada.

Sintió Gaudí enseguida el peso de su responsabilidad en la dirección. No fió únicamente de su gusto y conocimientos técnicos, sino que sintió dentro de sí que una iglesia no es sólo una obra de arte. Pidió consejo, y lo obtuvo feliz; lea usted el Año Cristiano y allí encontrará el ciclo del año eclesiástico. Este fué el primer paso. Y lo dió seguro porque, además, miró atentamente las viejas basílicas y sus ojos y su mente se fijaron en el proceso evolutivo del altar.

En la rápida construcción de la cripta, especialmente la habilitación de la capilla de San José, a fin de poderse celebrar en ella el santo sacrificio

de la misa, se nota ya la primera influencia y la directriz para tiempos posteriores. La mesa del altar tiene sólo una grada y reposa en ella el Sagrario. San José preside la capilla en un pedestal en la pared de detrás de la mesa. Alrededor de la imagen de San José vidrios esmaltados con la primera inscripción del Templo: *Ora pro nobis*. Algunas de las cristaleras de los ventanales evocan los ángeles del Paraíso y entonan el *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Por fin, el hermosísimo dibujo del mosaico romano del pavimento es una alegoría de la Eucaristía. Con haber símbolos e indicaciones, no hay profusión de unos ni otras.

La construcción del ábside continúa en el mismo orden: Las gárgolas, estilizadas en forma nueva, recuerdan los monstruos de las construcciones medievales. Cuando los muros del ábside llegan a cierta altura se abren en capillas que en lo futuro deberán contener los fundadores de las Ordenes religiosas, esas virginales paternidades que al pie del cimborrio de la Virgen Madre de Dios, forman ya una visión alegórica integrante del pleno conjunto.

Es en este tiempo cuando Gaudí reside en Astorga, con el Obispo Doctor Grau. Comparte su vida. Vive en el ambiente de su virtud y sabiduría. Concorre a los pontificales, interviene en soluciones de cosas del culto y de la Liturgia. Admira las riquezas de aquellos templos de las diócesis de León

y Astorga, que recorre largamente y a pie. Tal es la riqueza de aquellos Sagrarios que el Obispo consulta a Roma si, dada la extraordinaria riqueza de metales y mármoles, puede prescindirse del uso del conopeo en aquellos sagrarios; y la Sagrada Congregación contesta que no.

Esta decisión queda fija en la mente de Gaudí que la repite constantemente y saca de ello normas que le atan al cumplimiento estricto de los cánones litúrgicos que la Iglesia se impone, siempre con razones adecuadas y sin réplica.

Pocos años después de la muerte del Obispo de Astorga, otro insigne Obispo, el de Mallorca, Dr. Campins, le llama a su palacio y allí le retiene mientras Gaudí restaura febrilmente la obra magnífica que es la Catedral de Palma.

Gaudí se encuentra a pleno gusto en su elemento. Venera al Prelado por su virtud y por su talento. A su mesa, lo sabroso del platicar excusa toda otra sabrosidad. Una Catedral que crear y una Catedral que restaurar tiene a su responsabilidad Gaudí cuando Dios le hace en el Ilustrísimo Campins el don precioso de un enamorado de la liturgia y cumplidor estricto de sus preceptos. Siempre Gaudí evocará aquellos pontificales magníficos y no se borrará jamás de su memoria aquel último pontifical, la muerte del Obispo, con el ceremonial de Obispos en mano, muriendo santamente, según la Iglesia prescribe, a la vista de su rebaño.

Otra flecha lleva clavada Gaudí en su corazón cuando regresa definitivamente de Mallorca: el canto del pueblo en la iglesia. En mil lugares ha oído cómo el pueblo se eleva al cielo al cantar los divinos oficios, con toda su alma, con todo su arte, con verdadera perfección: con el Obispo Campins ha visitado aquellos pueblos. Ha llegado a llamar a Palma el coro de un pueblecito pequeño en el que el canto de los fieles era la misma perfección. Es precisamente cuando el Papa Pío X alienta la participación de los fieles en el canto y excluye de la Casa del señor la música profana.

Gaudí está en su camino: se le han señalado los apoyos seguros: las rúbricas del Misal Romano y las rúbricas del ceremonial de Obispos. Los comentarios de revistas y de libros, las ventanas abiertas de las concesiones no le seducen; son, dice Gaudí, puntos de vista de un particular que por muy sabio que sea, ¿cómo es posible parangonar con quienes establecieron las pristinas rúbricas del Misal y del Ceremonial? Con su lectura ha venido la lectura reiterada de los evangelios y del salterio, las misas de todo el año, las prescripciones de la S. S., el estudio propio de las basílicas. Puede decirse que Gaudí se ha saturado de ciencia litúrgica bebida únicamente en las primeras fuentes, las que manan el agua de vida.

En aquellos años de Astorga y Mallorca, ¡a men-

te de Gaudí concibe la fachada del Nacimiento. Las aristas del ábside, han desaparecido; los grandes muros del ábside, han desaparecido también: La naturaleza alabando a su Creador que en el salterio canta himnos de júbilo y de gracias lo cubre y lo llena todo, dando acogida a mil símbolos, a mil personajes, a mil anagramas que permiten contemplar en aquellas puertas los misterios de la fe, de la esperanza y de la caridad, los misterios del Rosario, los pasos de los siete dolores y gozos, el proceso de la glorificación de María, la sangre divina extendiéndose por todo el mundo, este himno único en su concepción y en su desarrollo, que se lanza en el azul de los cielos, anticipando ya en la tierra el canto del Paraíso, el *Sanctus, Sanctus, Sanctus, Hosanna in excelsis*, que repite en las grandes torres de los campanarios coronados por la cruz y hace exclamar al Nuncio del Papa: Sois el Dante de la arquitectura; y la réplica inmediata de Gaudí: ¿y quién no es poeta en compañía de la Iglesia?

El poeta continúa su trabajo: ha dibujado la fachada de la Pasión; dirige la maqueta embrionaria de la fachada principal sobre cuyos paraboloides estructurales—que llegan a parecer monstruos en su primera aparición de grandes masas que han de ser cinceladas con buril de orfebre ciclópeo—van enredándose las nubes de las declaraciones del Credo. Dirige, es más, con su propia mano va dando la vi-

da a la decoración interior del templo, del que siente la atracción irresistible de construir un tramo interior para modelo. Con sus flacas manos plasma con alambre y tela metálica las figuras de ángeles y santos, los floreros de las virtudes y de los frutos del Espíritu Santo que enroscadas a las columnas, árboles frondosos del bosque de la Iglesia, las cubrirán todas hablando constantemente a los ojos y al corazón de los creyentes, moviéndoles a impetrar las gracias del Altísimo, que les ofrecerán desde las bóvedas los cuernos de la abundancia que también, como aquellos, labrarán sus manos hasta el momento mismo en que dejando los trabajos para el día siguiente, el Señor lo llamó a Sí cuando él iba en busca del Señor en lo recóndito del santuario.

Gaudí y el Culto

Gaudí no se contentaba con soñar para el día de mañana. Daba a Dios lo mejor que sabía. Y como en el templo de la Sagrada Familia el arte no es fin sino una ofrenda al Señor, así que Este tomó posesión del Templo, Gaudí dedica una atención especial a su culto.

El templo de la Sagrada Familia, ha dejado de ser una construcción aislada, de penoso acceso. Lo rodean casas y talleres, con fuerte población. Su Eminencia el Cardenal Casañas, juzga que sin detrimento del carácter de generalidad que tiene como

Templo expiatorio y el particular de ser la casa propia de la Asociación Espiritual de devotos de San José, podría establecerse en la cripta una tenencia parroquial para el cuidado de aquellas almas. En su humildad el Emmo. Purpurado, tan amante de nuestro Templo a cuya vida aportó la colaboración de su consejo y de sus limosnas, consulta, más exacto sería decir, que pide permiso a D. Federico Millán, director de la Asociación; a D. Juan C. de Dalmasas quienes fundaron y mantuvieron la Obra y a D. Antonio Gaudí, su arquitecto.

El voto favorable da al Templo sacerdotes adscritos y con ello el gran bien de la reserva Eucarística y culto diario. Gaudí en lo que le compete, impone decididamente la liturgia en sus cánones absolutos. Conviértese el altar de San José, en el altar del Santísimo: el Trono de Cristo es una maciza arca de caudales, sobre soportes de hierro fortísimo empotrados honda y fortísimamente en el suelo, a suficiente altura del altar para que al abrirse no estorbe el cáliz o el copón. Lo cubren totalmente, no unas cortinillas convencionales, sino un manto completo; instala el rico conopeo y destierra la ridícula y antilitúrgica cortinilla interior. Al primitivo altar de San José le faltaba baldaquino. Un lampadario es estudiado para ser lampadario baldaquino. Se adapta para el altar mayor el central de la rotonda de la cripta, recubierto de frontales litúrgicos, con

sólo los cirios encima de la mesa y presidiéndola la propia cruz procesional. Bancos para los presbíteros detrás, bajo el retablo—retro tabullam—, adosado al muro del fondo de la Sagrada Familia. Un amplio baldaquino, no usado en ninguna de nuestras iglesias, cubre el altar. Todos los servicios del altar son proveídos. En la cripta se acondicionan bancos de madera para comodidad de los fieles.

Pero a Gaudí esto no le satisface aún; le faltaba la vida del culto, en lo cual sus deseos coincidían con los del Clero adscrito al Templo. El momento era feliz por cuanto una revocación litúrgica llenaba el ambiente, proyectada desde el foco benedictino de Monserrat. Los primeros Congresos litúrgicos se celebraban en Barcelona con éxito imponderable. Veamos cómo Gaudí se siente poseído de la Liturgia y se convierte en un ceremoniero insigne.

Es la primera semana santa: El Domingo de Ramos, en su hermosa liturgia, nos depara el canto del Passio. En todas las iglesias de Barcelona, se distribuyen los cantores del mismo en los púlpitos y presbiterios, y un coro de cantores da las voces del pueblo. Los monaguillos sostienen detrás de aquellos las palmas benditas. La liturgia manda que los tres cantores estén en el presbiterio, ante un solo facistol, al lado del Evangelio, mirando al lado de la Epístola y que ningún coro se mezcle en el canto. Rompiendo con la costumbre, así se hace en el Templo desde el primer año.

Ordenan las rúbricas que para la adoración de la Vera Cruz el Viernes Santo, el almohadón en que ella se coloca sea cubierto con un rico paño entretejido de blanco y morado. Como no se encontró ninguno mandó tejer a la Casa Malcehy un rico damasco que cumpliera las prescripciones que manda la Iglesia.

El monumento, disponen asimismo las rúbricas que no sea en el altar mayor, costumbre tan arraigada aun en las iglesias más cumplidoras de las rúbricas. Gaudí dispuso a este fin la capilla de San José cuajándola de cera y flores, abierto el vacío Sagrario habitual de la reserva y velada la urna en que se guarda la sagrada Forma el Jueves y Viernes Santo. Muchas iglesias han seguido esta iniciativa, como tantas otras, en la feliz restauración litúrgica actual.

Otros de los grandes días litúrgicos en que Gaudí y el clero del Templo pudieron hacer renacer la pompa exstricta del ceremonial de la Iglesia fueron los de los pontificales en la cripta de nuestro Templo con motivo (1921) del año jubilar josefino.

Tal es el olvido de la Liturgia, que Gaudí tuvo que construir muebles que la Liturgia reclama y que no se encuentran en nuestros templos; hay un mueble especial para los obispos: el faldistorio. Ante él y no en un reclinatorio cualquiera se arrodilla el obispo, en él toma asiento. Posteriormente lo he-

mos visto usado también en Monserrat y con frecuencia el cronista de Roma habla de él al usarlo el Papa, obispo de Roma, en sus ceremonias.

El gran amor de Gaudí. Su horror a las faltas litúrgicas

Era de ver al Sr. Gaudí cuando hablaba de la Liturgia en el Templo. Evoco por ejemplo su visita, a que le acompañé, al Canónigo Penitenciario de la Catedral de Barcelona, doctor Ballester (q. e. p. d.) Este ilustre prebendado había dedicado su ministerio de una manera especial al culto del Sagrado Corazón y de la Eucaristía. Pocos días después de esta visita decía en una conversación a una persona allegada mía: «Tuve el gusto de tener en casa a Gaudí y de disfrutar de una conversación tan edificante, tan encendida de amor a cuanto yo amo, tan contundente contra sus enemigos más próximos, que no he disfrutado rato mejor en mi vida en las conversaciones».

También recuerdo yo aún muchos de sus términos. La conversación fué a parar al uso del conopeo. ¿Sabe usted, decía Gaudí, por qué ha caído en desuso este manto real, este signo de realeza con que quiere la rúbrica de la Iglesia se honre a Cristo siempre en su tabernáculo? ¡Y la Iglesia lo quiere! Cuando estaba en Astorga con el obispo Grau, ma-

ravillado de tantas riquezas ofrecidas a Cristo en sus tabernáculos, verdaderos tronos regios, el obispo consultó si en tal caso podía prescindirse del conopeo. La respuesta fué categórica. Negativa, sin ninguna excepción. Pues bien: el enemigo es la comodidad. Porque no crea usted que el maestro de ceremonias de una Iglesia o de una catedral sea el titular, no señor: es la comodidad que se encarna en el sacristán. Porque el conopeo, como usted sabe, tiene que cambiarse con el color de las rúbricas, se ensucia y estropea, lo que quiere decir que hay que cuidar de su aseo y de reponerlo nuevo, y todo esto lo tiene que hacer el sacristán. Y éste que no sabe el mal que hace lo hace por comodidad; y como es molesto amonestar, nadie le dice nada y con la muda cooperación de todo el personal, Cristo en la Eucaristía ha quedado despojado de su manto real. ¡Y así cuántas cosas! Hasta en su catedral, amigo Dr. Ballester; que ya sabe usted que yo concurreo a sus oficios. Y no vale decir que son costumbres, privilegios, que siempre se ha hecho así; no, no; es comodidad. Y si no es, es sencillamente desconocimiento, si no desprecio del ceremonial que la Iglesia manda....

Quien así sufría por el incumplimiento de las admirables disposiciones de la Iglesia en la Liturgia hecho por los demás, ¡con qué extraordinaria escrupulosidad actuaría en lo propio! Así era en efecto. De aquí el estudio del altar y sus adornos, rein-

tegrando aquel a ser la mesa del sacrificio eucarístico con su cruz y sus candeleros y durante la celebración las sacras, suprimiendo los catafalcos y agrupaciones de santos entre los que apenas quedaba lugar para una crucecita a que habían venido a parar los altares cuando el retablo del fondo se unió con graderías al altar y se hacinaron hornacinas, que no por ser de mejor o peor gusto y aun verdaderas obras de arte, dejan de ser atentados contra la liturgia. En cuanto a sus adornos ninguno sobrepujará en pompa a los que la Iglesia prescribe además de la cera; las flores naturales y las de metales preciosos; pero nada de flores artificiales efímeras y banales. Gaudí produjo estas maravillas que son los candeleros floreros de encima de la mesa para la exposición del Santísimo, los búcaros entre candeleros, etc., etc.

La Liturgia en la agonía de Gaudí

Tengo seguro que una de las impresiones más fuertes recibidas por Gaudí en su vida fué la magna muerte del obispo de Mallorca, Doctor Campins. La frecuencia con que le evocaba, la emoción que expresaban sus palabras, la ejemplaridad que Gaudí deducía para cuantos vivieron aquel final del pastor de Cristo, nos aseguran en esta convicción. Creo firmemente que aquella muerte del obispo Campins siguiendo escrupulosamente con mente

clara y serena las rúbricas que el ceremonial de obispo prescribe para los últimos momentos de éstos, era el modelo de muerte que Gaudí deseaba. Mas el Señor, en sus inescrutables designios le deparó muerte bien diferente. No obstante, al amanecer del día último de su vida, los amigos que lo velaban tuvieron una dicha inmensa; vieron animarse el rostro del genial arquitecto, tornar a su color natural las mejillas, esparcirse por sobre su faz una como sonrisa, brillar sus ojos verde-azules con aquel centelleo que en otros ningunos hemos visto. Algo así, como si por un esfuerzo supremo el espíritu se sobrepusiera a la materia maltrecha terriblemente por el encontronazo. En aquel momento ni de los amigos sale una palabra de despedida, una voz fraternal pero humana, sino que aprovechando aquella lucidez se recitan las preces de los agonizantes, las preces de la Iglesia que Gaudí tanto amara y que con manifiesto placer va siguiendo, pronunciando sus labios aquellos ¡bien!.... ¡bien!.... ¡más!.... ¡más!.... ¡Amén!....

Ultimas palabras de un enamorado de la liturgia que en el momento supremo no tiene otra ansia que la de las palabras mismas con que la madre Iglesia despide tiernísimamente a sus hijos: ¡la liturgia del agonizante!>

El Arte-yedra

Hora es ya y más que justo que ponga término a la serie de reflexiones que me ha sugerido mi empeño decidido de que la Iglesia de mi Seminario, y a fuer de tal, Iglesia modelo, se ajustara no sólo a las prescripciones y al espíritu de la Liturgia sino a las exigencias del más depurado arte, pero arte netamente cristiano, como, gracias a Dios, creo haberlo conseguido.

Y pongo punto final a esta digresión con un gráfico más.

Con el gráfico de la yedra.

En él espero y pretendo encerrar cuanto escrito y apuntado llevo sobre el arte y Liturgia.

Sentado que el arte en las Iglesias no es *fin, sino medio*, y que no se hacen buenas Iglesias para hacer buen arte, sino que se hacen con buen arte para que sean buenas Iglesias, a nadie extrañará que yo compare el arte a la yedra y los usos y abusos de aquél en los templos a los usos y abusos de ésta en los troncos y muros a que se adhiere y sobre los que vive y crece.

El uso de la yedra

¿Para qué se planta al pie de un árbol o de un muro la yedra?

La verde y pujante trepadora se enreda y enclarama en el tronco añoso, carcomido, oscuro y feo

del árbol gigantesco y en la tapia desconchada de olvidada casa campesina y por los muros grieteados y por las piedras dispersas del vetusto castillo, o del mal tratado palacio, para que el verdor perpetuo y la vida nueva y los caprichosos dibujos y festones de la trepadora reparen, oculten, transfiguren y embellezcan grietas y ruinas, vejeces y deformidades, ofensas del tiempo y olvidos injustos de los hombres.....

¡Buen oficio el de la yedra y bien ha sido cantado y agradecido por poetas y juglares!

El abuso de la yedra

«Yo me adhiero a lo que amo». Ha cantado de la yedra un poeta francés. «Yo muero en lo que me adhiero». Yo, aunque profano, me permitiría enmendar la frase del poeta:

«Yo me adhiero a lo que amo y *mato* a lo que me adhiero».

Porque con toda la belleza y vida que la yedra pone en cuanto toca, es un hecho que el más extraño puede comprobar, que como se descuide el hacha o la tijera del podador, el árbol a que se adhiera sin limitaciones esa trepadora, es árbol condenado a marchitarse y a morirse por secular que sea y arraigado que esté; y pared por la que se le deje trepar libre e impunemente, es pared condenada a trocar sus grietas en brechas, y las juntas de piedras

en albergue de raíces primero y en desmoronamiento después.

¡Vaya si mata y destruye la suave y gentil embellecedora de prados y hogares!

Comparemos

El arte *medio*, el arte *servidor*, antes que del nomen o de la inspiración del artista, todo lo genial que queráis, de la Señora de la Casa a cuyo servicio entra, o sea, la Liturgia, ese es el *arte-yedra* de buen uso, que adorna, eleva, embellece, espiritualiza, excita y empuja a mejor culto de Dios.

El arte sin freno, sin respeto, tirano y no siervo, difundiéndose y desarrollándose sin hacha ni tijeras de podador y sin rodrigones y guías de buen jardinero ese es el *arte-yedra* que abusa.

Para el primero viene de perlas la estrofa del poeta:

«Yo me adhiero a lo que amo y muero en lo que me adhiero».

Para el arte-yedra arrollador y destructor y abusivo la estrofa enmendada:

«Y mato a lo que me adhiero».

Digan, clamen y protesten contra mí cuanto quieran los idólatras embobados del arte por el arte, pero mientras yo, cristiano, esté yendo a una Catedral, llámese como se llame la mejor, a ver mi Misa y mi altar y mi Sacerdocio jerárquico y sus

sagradas funciones y no me lo dejen ver los enormes barrotes de unas verjas altísimas y las cresterías de un coro descomunal en medio del templo y una luz que para llegar a mis ojos tiene que vencer una gran carrera de obstáculos, mientras esto ocurra porque el arte, ¡el Arte con mayúscula! lo manda, yo, cristiano y conmigo todos los hombres de Fe y de lógica, por muy fervientes amantes del arte que seamos, tendremos, que resignarnos a oír al arte engreído cantar a guisa de parodia de responso sobre el cadáver de la Liturgia católica en aquellos templos emporios, el poema francés ¡enmendado! de la yedra:

«Yo me adhiero a lo que amo y mato a lo que me adhiero».

Bendito el Arte

¡Bendito mil y mil veces el arte cristiano que se bautizó con la sangre de las catacumbas y se confirmó con el crisma de la consagración de las Basílicas romanas y se espiritualizó en las Catedrales ojivales y ha servido para hacer doblar tantas cabezas y rodillas ante Jesús Crucificado o escondido en el Sagrario y arrancar tantas lágrimas ante la Virgen de los Dolores e imponer recogimiento y elevar mentes y ablandar corazones y poner en la vida del hombre terreno toques y vibraciones y destellos y ganas de la vida divina! Ese es el arte hijo de Dios y fiel servidor de la Iglesia su Esposa.

Pero bendito el arte cuando sirve y no atropella a la Liturgia

Para eso, para eso sólo lo quiere a su servicio la Liturgia Sagrada, para lo que quiere el humo de sus incensarios, la luz de sus cirios y lámparas, las armonías de sus órganos, el agua de sus pilas lustrales; esto es, en primer lugar para que le sirvan con su uso propio y natural, el humo para que desinfecte y aromatice, la luz para que alumbre y disipe tinieblas, el órgano que toque y sostenga y dirija la oración cantada, la campana que suene y llame, el agua salada que limpie y preserve de la corrupción, y en segundo lugar como homenaje a la Majestad soberana de Dios y símbolo e invitación del homenaje que el hombre le debe rendir con las tres potencias de su alma, los cinco sentidos de su cuerpo y con todas las criaturas que de él dependen.

La Iglesia, sólo para ese doble fin quiere objetos artísticos en su recinto y no para atraer embozamientos curiosos de turistas que no rezan y profanan, embelesamientos estéticos de críticos que inclinan su cabeza ante la obra del hombre y no se postran de hinojos ante el Dios de la belleza, Inspirador de aquellas obras.....

SEGUNDA PARTE

El Arte en el templo o Mi Sagrario y Mi Secreto

El Por qué del librito

Decía yo en 1922: Dedicada mi pluma por misericordia y gracia del Corazón de Jesús hace ya bastantes años a no escribir más que en torno de la palabra *Sagrario*, que es la más tierna, sabrosa y misteriosa para labios cristianos, ahora que acabo de hacer para mi pobre *Palacio*, y perdóneseme la jactancia, uno a *todo mi gusto*, paréceme que mi compañera me tira de los dedos y me pide que la mueva sobre unas cuartillas, tan inquietas como mi pluma, para contar a los amigos *cómo es mi Sagrario*.

Digo en 1932: «¡Desapareció mi Sagrario!, después de haber consumido las Sagradas Formas a las doce y media de la noche del 11 al 12 de Mayo de 1931, pasto de las llamas y del saqueo; Altar, Imágenes, suelo, artesonado, vidrieras, sillería de



SAGRARIO CINCELADO DE BRONCE Y PLATA REGALO DE LAS MARÍAS DE HUELVA EN MI CONSAGRACIÓN EPISCOPAL, (OBRA DEL PRESBITERO SR. IÑIGO: MADRID)

coro, vasos sagrados, lámparas... todo ¡no quedan más que los muros calcinados! Séame permitido, ya que no contar cómo es *mi Sagrario*, conservar en estas paginillas el recuerdo del sueño dorado de diez años, que a esa categoría ha pasado la dulce posesión de aquel pedacito de cielo de mi Capilla. ¡Bendito el Corazón de Jesús que me concedió el goce de verlo y tenerlo en una Capilla tan a gusto de El (así lo creo) y de mí (¡cuánto disfruté en ella!) y bendito por la paz con que desde entonces me tiene sin casa y sin Sagrario!»

El para qué

Para contar, de paso que describo mi Sagrario, lo que para un Obispo es, vale y enseña *su Sagrario*.

¿No era muy justo que, después de haber dicho en tantas formas y maneras a mis hermanos los Sacerdotes, a mis hijos los Seminaristas y a mi familia de reparación eucarística, los Misioneros Eucarísticos diocesanos, las Marías, los Discípulos de San Juan, los Juanitos y los *chaveítas* de nuestras Escuelas y Catecismos, lo que para cada uno de ellos es, vale y enseña *su Sagrario*, no era muy justo, repito, que este pobrecillo Obispo, misionero y peregrino del Sagrario abandonado, dedicara unas líneas por gratitud al Corazón de Jesús, y buen ejemplo a su familia a contar cómo él también tie-

ne su *Sagrario* y lo que para su Obispado y para él quiere que sea y sirva?

El Sagrario de un Obispo es:

1.º El *altar de su sacrificio diario*. Es decir, el *Calvario* en donde cada mañana se pone en cruz y muere a sí mismo con Jesucristo también en cruz y el *Sepulcro* desde donde resucita con la vida divina que Cristo resucitado le ganó y Sacramentado le aplica....; y ¿quién como el Obispo necesita practicar el *quotidie morior* y el *vivit in me Christus* de San Pablo? ¡*Oblata* del y pan vino de la Misa del Obispo, con vuestra *transubstanciación* en el Cuerpo y Sangre de Cristo, ¡qué bien predicáis al Obispo el deber esencial, la ocupación única, la razón del ser y del poder de su Episcopado, a saber, *vaciarse totalmente de sí y llenarse enteramente de Jesucristo!*

2.º La *Mesa* en donde come su *Pan* supersubstancial cotidiano y con El la vida eucarística de que ha de estar lleno y rebosante para distribuir a los demás.....

3.º El *Reclinatorio* sobre el que hace su oración y reza su Oficio y desde donde, como de Estación telegráfica, comunica con sus Sacerdotes y sus fieles y pide y recibe la luz y el calor y la fuerza que para él y para ellos necesita.....

4.º Su *Cátedra*, que pudiera llamar, más que

de *Doctor* y de *Defintdor*, de *Maestro bueno*, de *Hermano mayor*, de *Amigo antiguo*, en torno de la cual se congregan sus Sacerdotes los días de retiro espiritual y sus ordenandos los días de Ordenes no solemnes y sus diocesanos seculares para las Juntas generales de sus Congregaciones y Hermandades.

5.º El *Confesonario* en donde el barro, que hay dentro del Obispo, restaura sus flaquezas y roturas, y el poder supremo del Obispo de Cristo absuelve de censuras y pecados más graves y ejerce su principal oficio de perfeccionar almas.

6.º La *Tienda de campaña* en donde forja los proyectos apostólicos de penetración y conquista de almas y de pueblos, y da a su espíritu *descanso* y *silencio* de ruidos de hombres.

Y 7.º El *Almacén* de provisiones de *paciencia* sin cansancio, de *caras buenas*, de *palabras reposadas* y *alentadoras*, de *olvidos de ofensas*, de *dulces firmezas*, de *optimismos sanos*....

La Iglesia del Obispo

Cierto que la Iglesia del Obispo es su *Catedral* y en ella no sólo tiene su *cátedra* y su *trono*, sino también su *Sagrario* y su *Altar*; pero la separación ya casi generalmente introducida, contra el espíritu y la historia de la Iglesia, entre esos dos edificios e instituciones, la Casa y la Iglesia del Obispo, que nacieron y largo tiempo estuvieron juntas, las an-

gustias de tiempo en que ordinariamente se mueve el Obispo y la imprescindible necesidad de un lugar fácil y cómodo para la vida espiritual del mismo, ha introducido la costumbre, consagrada ya por los Sagrados Cánones, de tener en sus propias habitaciones capilla con honores y privilegios de Oratorio semipúblico, sin perjuicio del carácter y condición de Iglesia, Sede del Obispo, que siguen ostentando las Catedrales.

El Inseparable

Y para más declarar aún su voluntad de que al Obispo no le falte la facilidad para su comunicación constante con el Jesús de su Sacrificio y de su Comunión, ha concedido la Santa Iglesia a aquél el Privilegio de altar portátil personal, en virtud del cual puede celebrar él, y su acompañante Sacerdote, la Santa Misa fuera de lugar Sagrado y en cualquiera de las habitaciones de la casa en donde more.

La Iglesia, Nuestra Madre, que por razones que no son de aquí, no ha querido jamás imponer precepto general de celebrar diariamente el Santo Sacrificio de la Misa, con respecto a los Obispos ha mostrado, del modo que podía sin llegar al precepto, sus vehementes deseos de que no pasen un solo día sin celebrarla, por medio de este valioso Privilegio.

¡Donosa y delicada manera de decir la Iglesia al Obispo, que consienta desprenderse y verse privado de todo, hasta de su Iglesia Catedral, si preciso fuere, menos del Jesucristo de su Misa y de su Comunión!

¡Ese es su Inseparable! ¡Ese es SU SECRETO!

¡Sagrarios de los Palacios Episcopales; qué falta hacéis a sus moradores y qué bien os hacéis sentir....!

Lo que quería para mi Sagrario

Y yo, que para mi casa no ambiciono otro adorno ni suntuosidad, que los que prestan la limpieza y el orden, que son las riquezas de los pobres, para la Casa de Dios soy, lo confieso de buen grado, excesivamente ambicioso y exigente.

Aunque todo oro y plata en su presencia es arena exigua, quisiera para sus paredes y techumbres y suelos y puertas oro y ricas pedrerías, dispuestos con el arte más exquisito y prodigados con la generosidad más rumbosa.

Y porque así pienso y quiero, la pobreza, la mezquindad, la fealdad, el desaliño, la suciedad en los templos y en los objetos del Culto de Dios levantan, en mi corazón la protesta más enérgica, en mi boca la queja más amarga y constituyen para mi espíritu la más obsesionante de sus preocupaciones.

¡Iglesias desmanteladas y ruinosas de la Diócesis, cómo me doléis!

No se encontraba a la verdad en este estado la capilla de mi Palacio; pero casi no se diferenciaba de las otras habitaciones de la casa más que en el modestísimo altar que la presidía.

El Sagrario-Escuela

El Obispo es maestro.

Su Casa debe ser escuela y singularmente su Capilla.

¡Cómo me estimulaba a emprender la restauración o reedificación de mi Sagrario *a todo mi gusto* la idea de que el ejemplo del Pastor podría mover y empujar a Sacerdotes y a seculares piadosos a imitarlos en las Iglesias de su cargo o devoción, y por ese medio aligerar al Corazón de Jesús y al mío propio de la inmensa pesadumbre de tantas ruinas y pobrezas de templos, símbolos y efectos de otras ruinas y otras pobrezas....!

Y lo que pretendí y soñé está ya hecho.

Si no por la suntuosidad, que harta es mi pobreza, por la elección de los elementos decorativos empleados, por el arte con que se ha ejecutado y por la pedagogía con que se ha ordenado, puedo dar gracias a Dios y holgarme de tener lo que deseaba: *Un Sagrario-Escuela*.

La Lección

Si el Obispo es maestro de toda la Ley y ésta toda se encierra y perfecciona en el amor, la lección de su Capilla-Escuela no puede ser otra que ésta: Amor. Ese es el encargo de cada adorno, de cada grano de tierra de mi Capilla: predicar y enseñar los tres amores del Corazón del Obispo, que son, como los tres puntos que marcan el campo de la actividad del pensamiento, del cariño, de la solicitud, de la energía y de la vida toda del Obispo: *Jesucristo, el Sacerdote y las almas.*

Esos y solamente esos son los amores del Obispo. Amarlos *más que los demás*, y por esa sola razón servirles, cuidarlos, agasajarlos, mimarlos y para ellos sólo vivir y por ellos, si es preciso, morir ¿no es esa la vida, toda la vida de un Obispo?

Los tres amores del Obispo

Jesucristo, el Padre, el Pastor, la Cabeza, el Jefe invisible de la Iglesia universal, hecho visible en cada Iglesia particular por medio y por las veces de su Obispo; *el Sacerdote*, hermano y coadjutor suyo en el ministerio de amar y hacer amar a Aquel, y *las almas*, sus hijas, para quienes viven y son Jesucristo, el Obispo y los Sacerdotes. Sí, esta es mi familia, esos mis intereses y mis amores.



COPÓN DE ORO, ESMALTES Y BRILLANTES. REGALO DE LAS MARÍAS DE ESPAÑA EN MI CONSAGRACIÓN EPISCOPAL. (JOYERÍA ANSORENA: MADRID).

¿Podía hablar de otra cosa mi Capilla? ¿Podía haber asunto que más interesara? Y ved la traza, distribuída en

Cuatro planos:

teológico, pastoral, eucarístico y arquitectónico.

El amor del Corazón de Jesús manifestado en lo que hace por las almas.

Este es el *plano teológico* de la Capilla.

Lo que debe hacer el amor de los Sacerdotes, y el primero entre ellos, el Obispo, a imitación de su Maestro, por las almas. He aquí el *plano pastoral*.

Y cómo deben corresponder las almas a lo que por ellas hace Jesucristo y el Sacerdote.

Y este es el *plano eucarístico*.

Estos tres planos desarrollados por medio del Arte más adecuado forman el *plano arquitectónico*.

Unas palabras de explicación de cada uno de esos planos os entretendrán breve y, quiéralo Dios, útilmente.

I

Plano Teológico

Qué hace el Corazón
de Jesús por las almas

Este plano se desarrolla entre el altar y las vidrieras de las ventanas que a un lado y otro lo alumbran.

Todo lo que hace el Corazón de Jesús por las almas se encierra en estos tres epígrafes:

- 1.º *Lo que el Corazón de Jesús da. Quod tradit.*
- 2.º *Lo que busca: Quod quærit.*
- 3.º *Lo que encuentra: Quod invenit.*

Ecce quod tradit.....

Lo que da

En el cornisón del retablo se lee: *Ecce quod tradit Cor Jesu*. Al pie de la hermosa y artística Imagen ojival del Salvador que preside el altar (año 1410) se lee: *Tradidit semetipsum pro me*.

Esta palabra lo dice todo y da la medida de su

generosidad; se entregó y se entrega a sí mismo por *cada alma* todo entero: su cuerpo, alma, divinidad, poder y virtud *de cuatro modos*:

(A) *Naciendo* hombre se da *por compañero* (se nascens dedit socium). Alto relieve del Nacimiento (lado del Evangelio). Compañero *exterior* con su Autoridad, su doctrina, su palabra y su ejemplo: *interior* con su gracia por el camino de sus Mandamientos, virtudes y dones.

(B) *Comiendo* se da *en comida* (convescens in edulium) (grada alta del Sagrario al lado del Evangelio). Este alimento, como el material con respecto al cuerpo, sustenta, hace crecer, repara y deleita al alma.

(C) *Muriendo*, se da *en precio*, (se moriens in pretium). Muriendo en el Calvario ganó el precio de nuestro rescate del pecado y del cautiverio del demonio y muriendo místicamente en la Misa (inscripción junto al crucifijo del altar) nos lo aplica y da las gracias a su Padre.

(D) *Reinando* en la gloria se da *por premio*, (regnans in proemium). Alto relieve de la gloria (lado de la Epístola). El Corazón de Jesús se da, pues, a cada alma, como *compañero de su camino* del tiempo a la eternidad, como *sostén*, crecimiento, reparación y deleite de *su vida* sobrenatural, como *precio* y pago de su redención y *premio* para su eternidad.

¿Por medio de quién se da el Corazón de Jesús, y en dónde puso y guardó sus tesoros para que disfrutáramos de ellos? A esta pregunta responde la grada inferior sobre el altar con esta inscripción: *«Per Matrem Immaculatam in Ecclesia Catholica»*.

Por medio de su y nuestra Madre Inmaculada:

(A) Acelera su venida al mundo, se encarna, nace y se hace nuestro *compañero*.

(B) Por la oración de ella y con la Carne y Sangre de Ella tomadas se hace nuestro *Alimento*.

(C y D) Con sus lágrimas, dolores e intercesión corredime a los hombres y les abre las puertas del Cielo. San Bernardo ha podido escribir en el papel esta afirmación escrita en el corazón agradecido de los cristianos: *Deus nos habere voluit totum per Mariam*. Por eso la Inmaculada figura en los dos relieves del Nacimiento y la Gloria con su manto azul, y este color es el dominante de cuantos matizan suelos y ventanas.

En la Iglesia Católica

Va representada esta arca del Nuevo Testamento, en donde únicamente se guarda el Maná vivo con todas sus dulces realidades y promesas consoladoras, por la mesa del Altar adornada con las

imágenes de San Pedro y San Pablo en los extremos y mi escudo de armas en el centro.

¡Ecce quod tradit Cor Jesu!

Ecce quod quaerit.....

Lo que busca el
Corazón de Jesús

Una sola cosa.

Praebe cor tuum mihi.....

El corazón nuestro *entero y por siempre*. El, buscado y amado antes que todo; lo demás buscado y amado sólo por El, por medio de la Madre Inmaculada y conforme a la enseñanza y al ministerio de la Iglesia.

Se representa por la cristalera del lado del Evangelio con María Inmaculada y San José presentando en medio de una floresta, que rodea a la Parroquia de una aldea al Niño Jesús, que da su corazón a cambio del que el pueblo cristiano, presidido por su Sacerdote, le ofrece.

Es un cuadro de una dulzura y suavidad que arrastra al que lo contempla a arrodillarse junto a aquellos sencillos aldeanos y juntarse a la ofrenda de su corazón.....

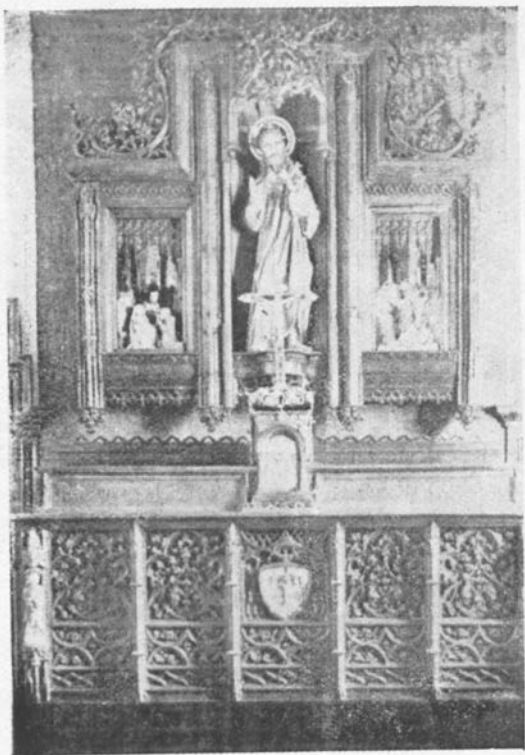


IMAGEN DEL SALVADOR (AÑO 1410), Y SECCIÓN DEL
RETABLO. OBRA DEL MAESTRO TALLISTA DON JOSÉ
GARCÍA, DE SEVILLA.

Ecce quod invenit.....

Lo que encuentra el
: Corazón de Jesús :

De ordinario, lo mismo en su vida mortal que en la de Iglesia y de Eucaristía, *puertas cerradas* de ojos para no mirarlo, de oídos para no escucharlo, de pensamientos para no creerlo, de corazones para no quererlo, de familias para que no viva entre ellas y de pueblos para que no reine en medio de ellos.

Representado en la cristalera del lado de la Epístola por la escena de Belén: *Non erat eis locus.*

La tristeza mansa de la Virgen y San José ante la cara repulsiva del posadero..... ¡qué oleadas de tristeza reparadora levantan en el alma!

La gran síntesis

¿Verdad, que en esos tres cuadros, que ligeramente os he presentado, de lo que da, lo que busca y lo que encuentra el Corazón de Jesús por y en las almas, se encuentra el grande Amor que el Obispo, y con él su familia, debe amar, aprender, agradecer y desagraviar?....

¡Lo que da, lo que busca, lo que encuentra el Corazón de Jesús! ¿No está ahí la razón y la esen-

cia de toda la religión y del culto y de la Teología toda, no sólo dogmática, sino moral, ascética, mística y aun pastoral?

La *caridad* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo buscando el alma perdida del hombre por medio del Hijo Encarnado, crucificado, resucitado y Sacramentado y *la libertad* del alma para dejarse encontrar o seguir perdida: ¿no son los extremos del eje en torno del cual giran nuestra Religión, nuestro Culto y nuestra Teología?

¿No es esa la síntesis de cuanto creemos, esperamos, amamos, guardamos, y recibimos?

Ved ahora el plano pastoral que fundado sobre ese teológico, he expuesto en mi Capilla.

II

Piano Pastoral

Como el Teológico se desarrolla en el altar y las ventanas, éste se desarrolla en todo el Presbiterio y consta de cuatro cuadros: La *entrada* a la vida pastoral, la *ocupación*, los *recursos* y la *recompensa*.

Entrada a la vida pastoral

Sobre cada una de las puertas que dan paso de la Sacristía al Presbiterio cuelgan dos artísticas cartelas con las siguientes leyendas:

Oportet Illum crescere (es necesario que El crezca) sobre la del Evangelio; *Me minui* (y que yo mengüe) sobre la de la Epístola. Si los pastores visibles no tenemos más realidad, ni virtud, ni representación, que las del Pastor invisible, no podemos ni debemos entrar en el Pastorado por otras puertas que las del reconocimiento íntimo del *derecho* única y solamente suyo, a *su gloria* y la *obligación* nuestra de no estorbarla o robarla con nuestros engreimientos y de procurarla a costa de la *negación propia*. Con tal de que Jesucristo sea conocido,

amado y servido y Dios Padre glorificado en su Hijo y las almas santificadas ¿qué importa *lo nuestro*?

La gloria de mi ministerio para Jesucristo, la utilidad, para las almas, el trabajo en silencio, para mí.

Esa es la *puerta grande* del Apostolado y la respuesta con que merece ser respondida la generosidad de quien nos hizo sus representantes visibles.

La ocupación

Una sola es la ocupación del Pastor desde la mañana a la noche y desde la noche a la mañana, en público y en privado, en el interior de su Iglesia y en medio de las plazas, de sus manos, de sus pies, de su boca, de su corazón y de su cabeza: *Benefacite multum, nihil inde sperantes* (inscripciones del lado derecho e izquierdo del sitial del Obispo).

Hacer y dar todo el bien que le permitan sus fuerzas naturales y sobrenaturales, sin esperar *nada* en recompensa de los beneficiados por su acción.

¿No es esto lo que cada segundo del día hace con cada alma el *Pastor callado* del Sagrario? ¿No es eso mismo aquel entregarse todo, contentarse con tan poco y encontrar tan..... nada del Evangelio?

Los recursos

Que para vida tan dura y tan encontrada con el amor propio y las ansias y aspiraciones de nuestra naturaleza, necesitan ser de eficacia ilimitada.

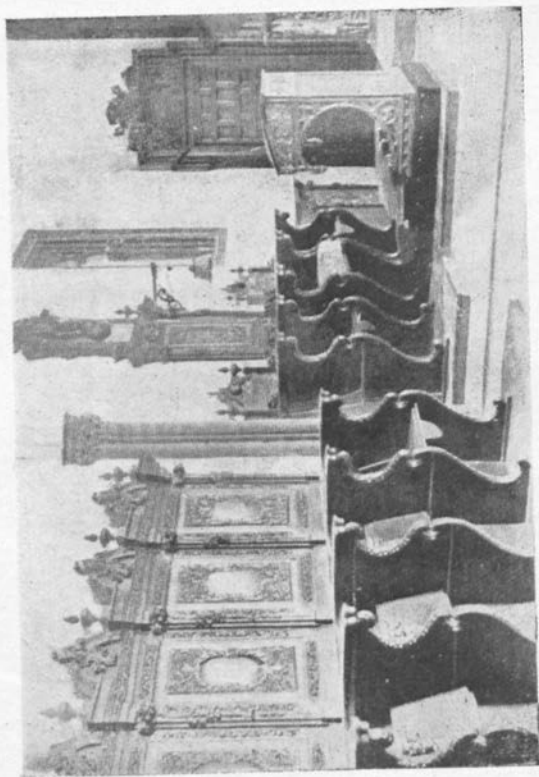
Esos recursos están guardados en estas palabras del Maestro: Diligis me *plus* his? Pasce.....

Si al amor se confía apacentar, y apacentar es el *benefacite multum*, para hacer y dar el mayor bien por las almas, no hay que buscar otro recurso que el *amar más*.

Si Charitas pascit.....

Si el amor es el que apacienta.....

¡Desalientos, desfallecimientos, ingraticudes, contrariedades, persecuciones injustas, esterilidades y arideces del pastoreo de las almas, apretad y amargad el corazón cuanto queráis, pero no borréis jamás de la vista y del oído del Pastor que el *amor es el que apacienta*, no el poder, ni el lucro de dinero, ni la justicia, ni la sabiduría....! ¡El amor y el mayor amor....! Y el amor es *celo* que inventa, busca y no se cansa, es *ingenio* que multiplica recursos y auxilios, es *adaptabilidad* para hacerse todo para todos, es *intuición* para penetrar a donde ni el sentido ni el talento llegan, es *fortaleza* para empezar cada mañana la siembra ardua con cara sonriente y mano abierta, es *silencio y olvido* de sí..... es *oración*



SECCIÓN DE LA SILLERÍA Y SITIAL DEL OBISPO
(SIGLO XVII) Y RECLINATORIO OJIVAL REGALO DE LOS
EXCMOS. SRES. MARQUESES DE ZUYA.

que vence imposibles..... el amor pastoral es lo que puede hacer más parecido a un puro hombre con el Hombre-Dios.

La recompensa

La anuncian las credencias: *relinque te*, dice la del Evangelio.

Si el Pastor renuncia a su gloria, (minuendo se) y a su medro personal (*nihil inde sperando*), y sólo se ocupa en trabajar por la gloria de Dios y el bien de sus ovejas.....

Invenies me:

dice la de la Epístola.

Encontrará a Jesús *en esta vida*, en el Sagrario:

Oyéndolo gustoso

Mirándolo complacido

Dirigiéndolo con aciertos

Fecundando sus palabras, sus ejemplos y sus dolores

Alentándolo para que no caiga

Levantándole si se cayó

Enriqueciéndolo en su pobreza

Alegrándolo en sus desolaciones

Y haciéndole sentir que de todas las maneras *es siempre su Jesús*.

Y en *la otra vida* constituyéndose en *Merces sua magna nimis* y las almas por su ministerio salvadas en *corona exultationis*.....

¿Cabe mayor recompensa?

Os decía que el segundo de los amores del Obispo son sus sacerdotes y ¿puede el amor más rumboso del Pastor desear, para los que con él trabajan, un plan pastoral de entrada más segura, que la *negación propia* y la afirmación perenne de la *gloria de Dios*; de ocupación más fecunda, que la de *hacer todo el bien sin esperar nada*, de los que lo reciban; de recursos más sobrados, que los sugeridos por el *mayor amor*; y de recompensa más pingüe que *el encuentro y la posesión de Jesús*, con que los adornos de mi Presbiterio con el lenguaje del arte responden al *tradidit semetipsum pro me* del Sacerdote eterno?

¡Jesús, nuestro Hermano mayor, que dentro de ese solo plano pastoral vivamos y nos movamos tus pastores malagueños! Para que lo recuerde a los que pasen por aquí e interceda con el Pastor supremo he rematado el sitial del Obispo con la Imagen en alto relieve del Santo Predecesor Patrio con esta inscripción: *Sancte Patriti, ora pro sucesore et populo tui.*

III

Plano eucarístico

Y lo llamo eucarístico por dos razones: la primera, etimológica, por el carácter de correspondencia agradecida a Jesús y a sus Sacerdotes de la enseñanza que en él se da: y la segunda, por presentar contenida en el *culto integral* a la Sagrada Eucaristía aquella enseñanza.

El culto a la Eucaristía : y la gran síntesis :

Memorial vivo y realización perenne de la acción del Corazón de Jesús por medio de sus Sacerdotes en las almas, y por consiguiente, compendio y esencia de la Religión toda con su ciencia, su culto, sus obras, sus atractivos, sus influencias y su historia es la Sagrada Eucaristía.

Lo que da el Corazón de Jesús * * en la Eucaristía * *

En ella realiza cada día y con cada alma aquellos cuatro inefables modos de entregarse a Sí mismo, que cantó Santo Tomás de Aquino en la estrofa, quizás mejor, de todos sus himnos eucarísticos.

Jesús, por su *real presencia*, es el *Compañero* silencioso y perpetuo del alma por la obediencia con que se deja consagrar, reservar, exhibir..... por el silencio que guarda, el ejemplo que le da, y la gracia que le comunica.

En cuanto *Sacramento*, la Comunión es el *alimento* diario y supersubstantial del alma.

En cuanto *Sacrificio* incruento, o Santa Misa, es la representación y renovación perenne de la Cruz, y aplicación del precio de Redención, que en aquel mereció.

Y en cuanto por medio de todo esto nos asemejamos, incorporamos y unimos a El, es semilla y prenda de resurrección y de gloria.

Lo que busca

El Jesús del Sagrario está callado, se ha obligado a perpetuo silencio.

Y no obstante lo riguroso e impenetrable de éste, cualquiera que tenga oídos y se acerque a las puertas de los Sagrarios, que se ha buscado para vivir en la tierra Sacramentado, oirá que del fondo de ellos surge a modo de suspiro, que las más de las veces suena a grito de angustia, el ¡*Sitio!* de su última hora de Cruz.

¡Sed y hambre insaciables de corazones, que lo coman y gusten en su Comunión y Evangelio, lo vivan por sus Mandamientos, se reformen por su

gracia y se transformen por su Espíritu Santo en El....!

Lo que encuentra

¡Qué pena da saber que sobre los Sagrarios cristianos se puede poner con todo rigor de verdad la leyenda del Salmo:

Sustinui..... et non inveni!

El Corazón *entregado* de todos los modos de la Eucaristía y hambriento de entregas de corazones ¡busca y..... no encuentra!

¡Abandonos interiores y exteriores de Sagrarios, qué angustiosamente estáis oprimiendo y qué cruelmente contrariando al Corazón de mi Jesús Sacramentado!

La correspondencia

¿Y en dónde mejor que en su Eucaristía podía ese Corazón recibir la justa correspondencia a la generosidad de lo que da y busca, y el proporcionado desagravio de lo que no encuentra?

Eso es lo que muestra el *plano eucarístico* de mi Capilla, que se desarrolla en los doce medallones grabados en el faldón del artesonado de la sección de Capilla destinada a los fieles.

Esos doce medallones ostentan otras tantas inscripciones en las que se contiene cuanto tiene que hacer con la Sagrada Eucaristía el alma ganosa de

corresponder plenamente a lo que por ella dan y de ella buscan y de reparar y desagraviar lo que todavía no han encontrado su Pastor invisible Sacramentado y su Pastor visible el Sacerdote.

Dicen así:

TANTUM ERGO

A tan grande, pues,

SACRAMENTUM

Sacramento

VENERARE

Venera

ESURIENS

Teniendo hambre de El..... Si en su ansia de estar con sus hijos y de incorporarlos a El, se ha hecho su comida, ¿con qué menos pueden corresponder éstos que con hambre de El?

DEGUSTANS

Saboreándolo, ya comido, con la oración y contemplación y el recuerdo perenne, a ser posible, de su presencia afectuosa en nosotros por su Sacramento, mientras duran las Sagradas Especies, y por su gracia después.

ADORANS

Adorando a Dios con rendimiento de alma y culto interno y externo con tanta mayor intensidad y reverencia, cuanto mayor ha sido su empeño en ocultarse y *abreviarse* en este Sacramento. ¡Cómo está compendiado en la Eucaristía todo nuestro culto! En Ella está Jesús *Dios*, término único de aquel; está Jesús *Hombre Sacerdote*, el Sujeto únicamente digno de ofrecerlo; y está Jesús, *Hombre-Victima*, el homenaje único capaz de satisfacer a Dios.

¡Con qué verdad puede decir el Sacerdote ante el altar, tomando entre sus dedos a la Hostia consagrada, y colocándola sobre el Cáliz del Sacrificio: *Per Ipsum, por medio*, de Cristo *Hombre Sacerdote, cum Ipso, con Cristo Hombre Víctima, in Ipso, en Cristo, Hijo de Dios* en unidad del Padre y del Espíritu Santo.

Omnis honor et gloria! ¡Todo honor y gloria!

IMITANS

Imitándolo de estas tres maneras: *callando* nuestro amor propio como El está callado perpetuamente en su *Real presencia*, *dándonos* a nuestros prójimos, sin pedirles nada, como El se da en la *Comunión*; y sobre todo, *inmolando* nuestro cuerpo con sus sentidos y nuestra alma con sus potencias por la gloria de Dios, como El se inmola en cada Misa que se celebra en la tierra.

CONSOLANS

Consolándolo: con una compasión reparadora y activa de las ofensas que *como Eucaristía* recibe, y singularmente del abandono exterior en que lo tienen los que, conociéndolo y creyendo en El, no le dan la *compañía* de su *presencia*, de su *imitacion* y de su *compasión*, y ponen a su Corazón en la triste necesidad de acabar la queja de su *sustinui qui consolaretur* con el amargo y acerbo *et non inveni.....*

GRATIAS AGENS

Dando gracias al Padre celestial, hasta dejarlo satisfecho, de todos los beneficios, de que le somos

deudores, incluyendo el gran don de su Hijo encarnado, crucificado y sacramentado por y para nosotros por *medio* de su Eucaristía que es Sacrificio y Sacramento de acción infinita de gracias.

LABORANS

Trabajando cada día y haciendo nuestro deber de cada hora *con El*, que nos acompaña, *por El*, que nos lo manda, *para El*, para quien sean la alegría, la gloria y el cuidado de nuestro trabajo y *como El* en silencio, bajo la mirada de Dios y con constancia.

QUIESCENS

Descansando sólo en la *paz* de la conciencia limpia con que lo recibimos, en la *protección* con que nos guarda y en el *gusto* de sentirlo vivir, contento de nuestra alma.

INEBRIANS

Embriagándonos de El: si con felicidad creciente *Tantum Sacramentum veneremur* con nuestras hambres, paladeos, adoraciones, imitaciones, consuelos, acciones de gracias, trabajos y descansos ¿quién osará dudar que el Espíritu Santo, por

medio de sus ricos dones introducirá nuestras almas *in cellam vinariam*, llevará el orden de nuestra caridad a su último ápice y nos hará vivir embriagados del gozo de sus frutos y de la perfección y quietud de sus bienaventuranzas?

Esa será la hora de cantar en la tierra con gozos y acentos de ángeles del cielo el himno de los *embriagados del Sagrario*: *Quam dilecta tabernacula tua..... deficit anima mea in atria Domini.....*



VIDRIERA DEL LADO DEL EVANGELIO

I V

Plano arquitectónico

Tanto el plano teológico como el pastoral y eucarístico, que llevo descritos, se desarrollan y explican en un rectángulo de catorce metros de largo, seis de ancho y siete de altura media.

¿Estilo?

Como el fin era hacer una *Capilla-Escuela*, que, además de enseñar, infundiera estímulos de imitación y hasta de noble emulación, he trabajado dentro de la modestia de mis medios, que harta es, reforzada con la confianza en el Amo y la caridad de los amigos y aprovechando elementos artísticos dispersos y desaprovechados ya para su destino original, he trabajado, repito, porque, hasta artísticamente, mi Capilla fuera también *Escuela*. ¿Lo he conseguido?

La sensación agradable de paz y recogimiento que se experimenta al penetrar en ella, lo dulcemente que convida todo lo que en ella hay a la oración y al olvido del mundo, la evocación que sugiere y la veneración que imponen la suave policromía de la luz cernida de las vidrieras resbalan-

do sobre la pátina de las viejas sillerías, credencias, e Imágenes, todo, todo está diciendo que allí hay arte y arte cumpliendo el deber que tiene que cumplir dentro de la Iglesia, es decir, hacer doblar rodillas en tierra y hacer levantar ojos, manos y corazones al cielo.....

¿Estilo? Volvéis a preguntarme y os respondo: No he querido para «Mi Sagrario» un solo estilo; los he querido todos y a cada uno he pedido una muestra, un rasgo, porque yo quería que todo el arte cristiano viniera ante El a cantarle también a su manera el

*Tantum ergo Sacramentum
Veneremur cernui.....*

El Tantum ergo
del Arte cristiano

Y vedlo allí, con qué justeza y concierto cantan su himno de adoración el *románico* de mi Sagrario de bronce y plata, el *ojival puro* de la Imagen del Salvador, y del Copón de oro, el *ojival florido de transición* del retablo, del reclinatorio, del frontal, de los candeleros de hierro forjado y de la orla de ladrillo tallado de los ventanales y arco toral, el *mudéjar* del artesonado, el *renacimiento español* del portaje, el plateresco de las lámparas y relicarios de plata, el *barroco fino* de la sillería del coro

y de las jambas y *tímpanos* de la entrada del presbiterio, el *Flamenco* del cuadro de la Virgen de Van Dyck, la olambrilla andaluza arabesca combinada con el mármol del pavimento.

Cernui!

Sí, cornisas y molduras, frisos y frontis, capiteles y basamentos, artesas y faldones, ladrillos y azulejos, postraos ante el Jesús de mi Sagrario, que es el único Jesús de la belleza, y repetidle sin cesar el *Tantum ergo* de vuestro reconocimiento y de vuestra alabanza.....

V

Epílogo

Mi primer Sagrario

Sacerdotes, hermanos míos, Marías y Discípulos de San Juan, mi familia del alma, amigos todos los que dais a mis pobres escritos la limosna de vuestra caritativa paciencia, permitidme que antes de dejar la pluma con que os he descrito «Mi Sagrario» de Obispo, os evoque un recuerdo de «Mi Sagrario» de Cura..... ¡El regalo más sabroso que he recibido del Corazón buenísimo de Jesús en mi vida!

¡Con qué gusto copio aquí esa página de «El Granito de Arena» del 5 de Junio de 1915!

«Hoy fiesta del Amo

en que celebramos la gran Fiesta de El y de nosotros, vais a permitirme que os transcriba aquí una página íntima, no sé si deciros de la vida de El o de la vida mía o de las dos vidas.

¡Oh! ¡cómo me alegraría yo de que os interesara esa página para que lo conociérais más y mejor a El; y me ayudárais a darle gracias!

Si me preguntáis por el título de esa página, me vais a poner en un gran apuro, yo no acierto con la palabra que titule adecuadamente eso que quiero deciros.

Es una gran pena y una gran alegría lo que os quiero contar, y ni las penas ni las alegrías tienen más palabras que los gritos o las lágrimas.

! !

Ese podría ser, en todo caso, el título: dos grandes admiraciones, a manera de dos grandes gotas de lágrimas, cerrando una lista de puntos suspensivos, que representa la gran pena y la gran alegría que las arrancan.

La gran pena

Yo no sé que en la tierra haya una pena más grande, después de la de perder a Dios, que perder la madre.

Recordarán los que acostumbran leer estas paginillas que el 16 de Enero del año pasado visitó el Corazón de Jesús mi casa y se llevó a mi Madre.....

Los que han pasado por esta pena conocen esa impresión de *vacío*, que queda en las casas y en los corazones de los que las viven, después de estas separaciones.

El dolor se calma con la resignación y el tiem-

po; el *vacío* ese crece, se mete en el alma, yo diría, que *imprime carácter*.

Los míos y yo hemos bendecido al Corazón de Jesús muchas, muchas veces, porque, en mayor medida que el dolor, nos dió consuelo; pero.....

¡Dios mío, qué vacía sentíamos la casa sin Ella....!

.....
Para llenar ese vacío, usando del Privilegio que me concedió el Santo Pío X, cuando lo visité, convertí en Oratorio la habitación en donde Ella dormía y desde donde voló al Cielo.

¡Qué dulces me sabían las Misas celebradas en el mismo sitio en donde yo le administré los últimos Sacramentos y le dí el último beso....!

Mientras duraban aquellas Misas yo no sentía el *vacío* atormentador de siempre.

¡Dios mío, cuántas veces me decía a mí mismo después de esas Misas, si Tú quisieras venirte aquí con nosotros para siempre..... si Tú quisieras vivir en donde vivía mi Madre..... ¡era mucho pedir, sí, quizás una locura..... pero como se lo decía y se lo pedía a El sólo, que es tan Padre y entiende también estas locuras de cariños de los hijos....!

Mi oración constante era la contraria del Centurión; éste le pedía que *no entrara* en su casa porque no era digno..... yo, menos humilde o más atrevido que el Centurión, le decía: Aunque no soy digno, entra y quédate en mi casa.....

Y hermanos y amigos míos,

alegraos, agradeced por mí, que todo es poco para favor tan grande.

¡La gran alegría!

Una mañanita de la semana de Resurrección, el 9 de Abril, el Amo bendito, el que se llevó a mi Madre, bajó al altar que yo había puesto en el cuarto de ella, y..... ya no se fué, se ha quedado a vivir con nosotros en un Sagrario chiquito que le hemos puesto sobre el altar.....

¡Se acabó, o mejor, se llenó el *vacío* de mi casa!

Por la misericordia de Dios, yo siempre he creído en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pero os puedo asegurar que desde que vive en mi casa, digo mal, en *nuestra casa, casi he perdido la fe..... nosotros casi no creemos en El, porque lo sentimos tan cerca, tan nuestro, tan Madre, que más que creerlo es casi verlo y oirlo.....*

Os confieso que nunca había experimentado tan sensiblemente la verdad de su presencia real como ahora.

Seguramente

os interesará saber el cómo de este favor, de esta locura de favor.

Yo os lo contaré y sirva esta noticia de consuelo y motivo de gratitud a las Marías.

Un grupo de éstas, inspiradas sin duda por el Amo, se han dado tan buenas trazas de conspirar a espaldas mías, que tomando la voz de las 50.000 Marías españolas, y contando con la bondadosísima *complicidad* de mi querido señor Cardenal, que puso encarecida recomendación, dirigió preces a Su Santidad Benedicto XV, pidiéndole para el Fundador de la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan *facultad de tener reservado el Santísimo Sacramento en su Oratorio privado, como delicada correspondencia del Corazón de Jesús al celo y trabajos eucarísticos y apostólicos del dicho Fundador.....*

Y el Papa, con una generosidad y una delicadeza de padre que nunca sabré pagar, puso al pie de las preces con su propia mano:

BENIGNE ANNUMUS SECUNDUM PRECES.

BENEDICTUS P. P. XV.

Y ahora

ya no sé proseguir.....

Que los que hayan leído, cuando estén delante de esas *grandes penas* de la vida, se acuerden de *mi Sagrario* y busquen y pidan la *gran alegría* en donde yo la hallé.....

¡Hace cosas tan buenas el Corazón de Jesús en el Sagrario....!

EL ARCIPRESTE DE HUELVA.

¡Hace cosas tan buenas el Corazón de Jesús en el Sagrario....!

Repite y repetirá mientras queden pulso en su mano y saliva en su boca, aunque se lo quemem todo.....

† EL OBISPO DE MÁLAGA....!



VIDRIERA DEL LADO DE LA EPÍSTOLA: OBRA DE LOS SEÑORES MAUMEJEAN.-MADRID.

TERCERA PARTE

El Arte en la Misa o la Pedagogía de la Misa

Introducción

«Siendo de tal condición la naturaleza humana que no puede fácilmente elevarse a la meditación de las cosas divinas sin el auxilio de las cosas exteriores, la Iglesia, siempre madre piadosa, ha establecido sus ritos en la Misa de tal suerte, que unas oraciones se pronuncien en voz baja y otras en voz más alta. Además, ha empleado o dispuesto ceremonias, muchas de ellas de disciplina y tradición apostólica, como las bendiciones místicas, las luces, los perfumes, las vestiduras y otras semejantes; con lo cual se encareciese la majestad de tan gran Sacrificio, y las almas de los fieles se excitasen, por estos signos visibles de religión y piedad, a la contemplación de las cosas altísimas que en este Sacrificio están encerradas».

(Concilio Tridentino, Sess. XXII, cap. V).

El arte o la Pedagogía

** en la Misa **

Maestra, divinamente asistida, la Iglesia no tiene en su liturgia ni el más insignificante pormenor que no encierre un gran significado de altísima y a la par muy humana pedagogía. Y como la Pedagogía, a la par que ciencia es arte, y bajo este aspecto interviene más en la Liturgia de la Misa, intitulo indistintamente este trabajo con el arte o pedagogía en la Misa.

Dejando a un lado los grandes actos litúrgicos quiero fijarme ahora en los tesoros de finísima pedagogía que encierran las genuflexiones, las inclinaciones en sus distintos grados, la dirección de las miradas del celebrante, el tono de la voz, el lavado de las manos, los besos y otras al parecer menudencias del gran acto litúrgico, la Misa.

No creo que ocuparé sin provecho unas cuartillas tratando de proyectar luz sobre los misterios de esas menudencias litúrgicas.

Espero que producirán en los que lean deleite de contemplación y utilidad de enseñanzas. ¡Ah! ¡si nos enteráramos bien, sacerdotes y fieles, de nuestra Misa!

Un ejemplo de fina pedagogía

Once son los besos que el sacerdote da en cada Misa rezada y doce si es cantada: Uno en el Misal, sobre el Evangelio que ha leído; otro sobre la patena y los restantes sobre el ara santa.

Claro es que no hablo del beso fisiológicamente considerado, que no es más que una contracción de labios; ni del beso socialmente visto, que se ha convenido que sea una señal exterior de respeto, de veneración, adhesión, saludo, sino del beso en cuanto que es una señal natural y como explosión de un corazón amante.

De ese beso sentimental, afectivo, cordial, como queráis llamarle, hablo ahora y quiero presentároslo obrando en la Sagrada Liturgia y nada menos que en el acto más santo y augusto de ella, como es la Santa Misa.

¡Qué maravillas tan encantadoras, qué delicadezas tan tiernas encierra el misterio de los besos de la Misa y descubre a los que los meditan y contemplan a la luz de la Doctrina de la Santa Fe católica!

El beso triste de la Pasión

La historia de la Pasión de Jesús comienza por un beso, pero por un beso pérfido, traidor.....

El Maestro bueno, al dejárselo dar, ha dicho es-

tas palabras llenas de misterio y de profecía: «Amigo, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?»

Y digo que aquellas palabras estaban llenas de misterio y de profecía, porque en su Misa, que es la oblación real y perpetua en la tierra del Sacrificio de la Pasión y Muerte de Jesús, podía El repetir a cada sacerdote las mismas, exactamente las mismas palabras que al apóstol traidor con la sola diferencia de que ahora no pone interrogación, ahora no pregunta entristecido: ¿con un beso me entregas?, sino que afirma con el más apacible, dulce y confiado de los acentos: ¡Amigo, con besos me entregas!

Porque así es nuestra Misa y todos los frutos que con ella nos vienen: Jesús entregado a los suyos a fuerza de besos y caricias a El de sus Sacerdotes!....

Significación del Sacerdote en la Misa

El Sacerdote por su ordenación sacerdotal ejerce en el altar una doble representación; la de Jesús, Sacerdote sumo, de cuyo sacerdocio eterno participa, y la del pueblo cristiano, que es la Iglesia.

Jesús, Sacerdote sumo, es el principal Oferente, pero *invisible*, de la Santa Misa; la Iglesia o Cuerpo místico de Jesús, es la principal oferente *visible* de la Misa; pero Jesús y la Iglesia ofrecen su Cuerpo físico inmolado y su Cuerpo místico por medio del Sacerdote.

Por razón de esa doble representación, el Sa-

cerdote habla y obra en su Misa unas veces como Jesús y otras como la Iglesia formada por santos y por pecadores.

Como representante de Jesús, consagra y ofrece el Cuerpo de Jesús con las mismas palabras de El diciendo: «Este es mi cuerpo» y no «Este es el Cuerpo de Jesús».

Como representante de la Iglesia, ofrece al eterno Padre el Cuerpo místico de Jesús, esto es, se ofrece a sí mismo y a todos los hombres unidos a a él por la Fe de su Bautismo y por la obediencia a la Iglesia.

No hay hombre en la tierra ni en la historia que pueda ostentar representaciones tan variadas, tan opuestas, tan dilatadas y tan heterogéneas como el Sacerdote. La lista de sus representados es tan larga, tan infinitamente larga y variada, como que comienza por el nombre sobre todo nombre de Jesús, Hijo de Dios y de la Inmaculada Virgen María, y termina en el último parvulillo, recién bautizado, del último rincón del mundo, pasando por la indescriptible variedad de los incontables miembros del Cuerpo místico de Jesús, o sea las almas bautizadas, las muy santas, las vulgares, las tibias, las pecadoras, en todos los diferentes y variadísimos grados de esos estados.

Significación de su lenguaje

Visto el Sacerdote a la luz de esa múltiple y compleja representación, ya no extraña el lenguaje con que se expresa en la gran función de su Sacerdocio, que es su Misa; lenguaje en el que alterna la palabra de imperio omnipotente, *a lo Dios*, con la palabra y el gesto de súplica, *a lo mendigo*, y de contricción humillada, *a lo pecador* más rebajado y encenagado.

Por mi parte os aseguro que a veces me siento conmovido en mi Misa cuando oigo mi *palabra* de Jesús diciendo: «Este es mi Cuerpo» entre estas dos: «Te ofrezco, Padre Santo, esta Inmaculada hostia por los *innumerables pecados, ofensas y negligencias mías*», que digo en el ofertorio; y «Líbrame por este Sacrosanto Cuerpo y Sangre de todas las *iniquidades mías* y de todos los males», que rezo momentos antes de comulgar a Jesús.

Y ¡cuántas, cuántas veces en el decurso de su Misa el recuerdo de los pecados propios y del pueblo cristiano asalta la memoria del Sacerdote, y la pena de haberlos cometido entristece y aflige su corazón y humilla su acento y su postura!

Significación de la carga que lleva el Sacerdote al Altar

Cuatro cargas pesan sobre el sacerdote cuando sube las gradas del altar de su Misa; y más que pesar sobre él, diría que lo abruman y casi le dificultan el paso.

El Sacerdote en su doble representación de Jesús y de la Iglesia, que por sus manos se ofrecen en sacrificio en el altar, lleva con él apretando su corazón, abriendo su boca y empujando su alma, estas cuatro necesidades justas, imperiosas, urgentes, ineludibles: la necesidad de alabar, de agradecer, de desagraviar, de impetrar a Dios suficientemente, cumplidamente y, aunque parezca una quimera, *como Dios se merece* ser alabado, agradecido, desagraviado e impetrado.

Claro es que con la sola representación de la Iglesia, por muy santa que ella sea y por muchos Santos que la formen, el Sacerdote no podría, no digo satisfacer, pero ni soñar, sin temeridad loca, en satisfacer aquellas necesidades en la medida dicha: pero *divinizado*, y no es exagerada la palabra, con la augusta representación de Jesús, Sacerdote Sumo invisible, puede muy holgadamente, y permítaseme la palabra, descargarse en el altar de los cuatro grandes, inmensos fardos de sus necesidades y bajar de él ágil y ligero con la agilidad y desaho-

go que da la alegría del deber cumplido, del mayor de los deberes de los hombres para con Dios.

La carga abrumadora

La visión, diría única, el pensamiento dominante, la obsesión, la pesadilla, si vale así decirlo, del Sacerdote en el Altar es la glorificación de Dios y la reparación de Dios ofendido..... su vista, su corazón, sus nervios se estremecen entre los dos extremos de este contraste: la Gloria de Dios y el pecado de los hombres, singularmente los propios.

Las oraciones y fórmulas del Santo Sacrificio están casi todas llenas de esos dos conceptos. Cuando se llama a Dios omnipotente, inmediatamente se llama misericordioso; cuando se alaba a Dios por su grandeza y poder, al punto se le pide perdón por nuestros pecados. ¡Con qué naturalidad se mezclan en el gran himno de la alabanza a Dios, el «Gloria in excelsis Deo», el «te alabamos, te bendecimos, te adoramos....» con el repetido «ten misericordia de nosotros» y en el Ofertorio el «Recibe, Santo Padre, Omnipotente y eterno Dios» con el «yo indigno siervo tuyo te ofrezco por los innumerables pecados, ofensas y negligencias mías....!»

¡Qué bien expresa esta mezcla de los grandes deseos, intenciones y, diría, preocupaciones del Sacerdote en su Misa, alabar y reparar, estos dos ofrecimientos del Sacrificio!

«En espíritu de humildad, dice en el Ofertorio, y con el alma contrita seamos recibidos por Tí, oh Señor, y de este modo sea agradable este sacrificio en tu presencia, Señor Dios».

Y terminada la Misa, al despedir a los asistentes, dice:

«Séate agradable, oh Trinidad santa, el obsequio de nuestro servicio: y concede que el sacrificio, que, yo indigno, he ofrecido a los ojos de tu Majestad, sea digno de que Tú lo aceptes, y para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido sea, por tu misericordia, propiciatorio, por Cristo Señor nuestro. Amén».

Otras muchas citas pudiera hacerlos que demostraran cómo la Liturgia de la Misa está condensada en un doble movimiento del corazón del Celebrante y de la Iglesia en la gran función del amor que es el sacrificio; a saber, en una especie de *diástole* que lo dilata para la alabanza, la acción de gracias y la impetración y de *sístole* que lo oprime para la contrición y la expiación; en un alternado cantar gloria de Dios y llorar pecados humanos; en un pasar constante del Calvario al Tabor y del Tabor al Calvario de la cruz, en que los pecados propios y ajenos ponen en trance de muerte permanente a Jesús, al trono del monte de Sión, en donde el Cordero, *como muerto*, recibe y da a su Padre la gloria, el honor, la acción de gracias, la bendición y la virtud por los siglos de los siglos.

¡Cuántas veces en mis Misas, repitiendo esas fórmulas de confusión y confesión propias, me acuerdo del tono de humilde confianza y de las lágrimas de vergüenza y de contrición de San Pedro ante Jesús resucitado! ¡Cómo se parecen el «Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que yo te amo» del Apóstol arrepentido y el «Nobis quoque peccatoribus», el «Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere nobis» y el «Dómine, non sum dignus» con que el Celebrante rompe el silencio con que adora la Majestad divina desde la Consagración hasta la Comunión como poniendo antifonas de gemidos de contrición al gran salmo del silencio de la adoración!

Significación de la gran

* obra del Sacerdote *

Esa es la gran obra del Sacerdote en el altar, y diría del universo entero, del cielo y de la tierra en el Sacerdote representados, *dar* a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador, Conservador, Redentor y Glorificador el culto de alabanza, gratitud, reparación e impetración que tiene derecho de recibir por ser quien es por habernos dado lo que nos ha dado, por haber sido ofendido por nuestra vileza y por querer lucir su misericordia en nuestra miseria.

Y esa obra magna, suprema, augusta en la que están atentos y empeñados, cada cual a su manera,

los ángeles y los santos del cielo, los hombres y las criaturas todas de la tierra y los demonios y condenados del infierno, la realiza el Sacerdote en un acto simplicísimo y tan breve como incomprensible, en el acto de la Consagración del Cuerpo y de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo.

En ese acto y en ese momento casi indivisible, el pan y el vino se transustancian en Carne y Sangre inmoladas de Jesús, Dios y Hombre, y se ofrece y se consume el Sacrificio perfecta e infinitamente latréutico, eucarístico propiciatorio e impetratorio.

Ahí, en ese momento está esencialmente nuestra Misa, así como en la participación de la víctima por la Comunión toda su integridad necesaria, y todo lo demás de ella, lo que le precede y le sigue, son preparaciones, explicaciones, aplicaciones y participaciones de la misma esencia.

La Iglesia Maestra

La Iglesia, siempre Maestra, ¡qué hermosamente, qué pedagógicamente ha sabido dar a conocer y gustar el misterio divino del Sacrificio y de la participación del Cuerpo físico y místico de Jesús!

Y esa es la razón, que pudiera llamar gráfica o pedagógica de la mayor parte de los movimientos que realiza el Sacerdote en su Misa, como inclinaciones, genuflexiones, reverencias con los ojos y con la cabeza, bendiciones, abluciones y besos.

Por no ir demasiado lejos, os presentaré solo en forma de lista o cuadro, la clasificación de esos gestos, ademanes y actos litúrgicos en cuatro grupos: unos actos litúrgicos, para expresar adoración, otros gratitud, estos desagravio y aquellos impetración.

Aún así brevísimamente expuesto, os probaré la gran pedagogía de la Misa.

¡Es tan interesante conocer y saborear al menueteo la gran acción de nuestro culto; nuestra Misal

Una advertencia

Estas enseñanzas o demostraciones no están agrupadas en la Misa de tal modo, que en primer término se enseñe el fin latréutico y a continuación, por orden, los demás; sino que con lo que propiamente pudiera llamarse bello y espontáneo desorden, el Sacerdote con sus movimientos litúrgicos va mostrando a los fieles cómo se adora a Dios en su Misa, cómo se le da gracias, cómo se le desagravia y cómo se le pide que luzca su misericordia.

Más aún; un mismo movimiento litúrgico, por ejemplo, la inclinación profunda de cabeza, muestra la adoración y la expiación o la impetración.

Con todo, ordinariamente, cada movimiento o ademán muestra predominantemente un fin.

Hecha esta advertencia, os presentaré los principales movimientos con que el Sacerdote representa en su Misa.

El fin latréutico

o de adoración y alabanza a Dios.

¡Cuántas veces y de cuántos modos invita a los asistentes a su Misa a entrar en la gran función de esta, que es adorar a Dios como El se merece!

Entre otros modos citaré:

1.º Las inclinaciones profundas.

2.º Las genuflexiones, sobre todo dentro del Canon, que son siempre antes y después de tocar la Sagrada Hostia o el Cáliz.

3.º La elevación de los mismos sobre la cabeza del Sacerdote para que puedan ser vistos y adorados por los fieles.

4.º Las cruces con que después de la Consagración, no bendice como antes de ella, sino solemniza y ostenta la presencia real del Rey de la Cruz y del Redentor por la Cruz.

5.º La pausa y dignidad con que el Sacerdote debe hacer esas cruces y tomar y elevar con sus manos la Sagrada Hostia y el Cáliz.

6.º La rúbrica que manda al Sacerdote no cerrar sus ojos desde la Consagración hasta la Comunión y dirigir su mirada sólo a la Sagrada Hostia cuando no necesite leer en el misal o mirar al Crucifijo, como en el prelude del Pater noster.

7.º Y a mi juicio uno de los modos más significativos de adoración y alabanza, a saber, los

tonos de voz del Sacerdote: están mandados tres clases de tonos de voz; alto, medio y bajo; en general, puede decirse que el tono de voz se gradúa por la mayor o menor distancia con respecto a la presencia real de Jesús en el Altar.

Cuando no está presente, el Sacerdote habla alto o canta para confesar sus pecados y para iluminar a los fieles con las gracias que para sí y para ellos pide en las oraciones y colectas al empezar y terminar su Misa y con las enseñanzas y profesiones de Fe de la Epístola, del Evangelio y del Credo, pero a medida que se acerca la Consagración comienza a bajar la voz como en el Ofertorio y en el Canon, (a no ser que en algún que otro himno u oración de alabanza o impetración, como el Prefacio y el Pater noster, la levante para mantener viva la atención de los asistentes).

Con sus oraciones en voz baja, casi imperceptibles, está predicando la grandeza y majestad de la Víctima divina, que, como al profeta Jeremías, lo dejan casi sin poder ni saber hablar. El silencio, que es el lenguaje de las grandes emociones, es sin duda la expresión más acabada de la alabanza y de la adoración.

Ese silencio y recogimiento, que impone a la boca y al alma la presencia tan cercana de Dios, son los que hacen casi enmudecer al Celebrante durante todo el transcurso del Canon y enmudecer

del todo en el momento supremo de la Misa o sea en el que sigue a las palabras de la Consagración, y la causa porque la Sagrada liturgia prohíbe todo canto a la elevación de la Hostia y del Cáliz.

Y 8.º para que no quede lugar a dudas sobre el fin de todos esos movimientos y actos de reverencia enumerados y que aparezca, como sol del mediodía, el propósito de la Maestra Iglesia de que con todos ellos se muestre a los Sacerdotes y a los fieles el primer fin esencial de la Santa Misa, o sea la adoración digna y adecuada de Dios por la oblación real del Sacrificio del Cuerpo físico y místico de su Hijo; para eso, repito, ha establecido el expresivo rito, como terminación del Canon, que manda al celebrante que tome entre sus dedos la Sagrada Hostia, haga sendas señales de la cruz sobre el Cáliz y sobre el ara acompañándolas de estas palabras: «Por medio de El, con El y en El es para Tí, Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo *todo honor y gloria* por todos los siglos de los siglos».

¿Nos enteramos? Por la Misa, por cada Misa, recibe la Trinidad augusta *todo honor y gloria*.

¡Sacerdotes celebrantes y fieles asistentes, qué buen tema de meditación y examen práctico de conciencia!

¿Adoramos y enseñamos a adorar nosotros los Sacerdotes con la dignidad y majestad de las reve-

rencias, con el tono alto, medio y bajo de la voz, con los silencios, con las miradas y con todos los movimientos y ademanes litúrgicos de nuestras Misas?

¿Estamos en el altar invadidos del pensamiento y del deseo de dar a Dios *todo honor y gloria*?

¿Se dan los fieles por enterados con su actitud recogida, su silencio externo e interno de que con su Misa están dando a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo *todo honor y gloria....?*

Si un infiel, que no supiera nada de la Misa ni del culto cristiano, entrase en un templo al tiempo de la *Misa de doce, de una* y aún de otras horas ¿deduciría por lo que vieran sus ojos que aquello era el acto más grande y solemne con que aquellos hombres y aquellas mujeres estaban dando *todo honor y gloria* a Dios....?

El fin eucarístico

Advierto que el fin eucarístico o la acción de gracias completa, que se da a Dios por medio de la Misa, apenas si tiene forma gráfica que lo exprese.

Y no es que la Liturgia no haya expresado suficiente y abundantemente con las oraciones y fórmulas que pone en boca del Celebrante, este carácter esencial eucarístico de la Misa o de acción de gracias, sino que por la dificultad natural de ex-

presar con movimientos y ademanes éste sentimiento íntimo separado de los otros afectos de alabanza, propiciación e impetración, unido con éstos, lo muestra.

Por esta razón paso a exponeros algunos de los modos con que manifiesta la Iglesia el fin propiciatorio de su Misa e invita y estimula a celebrante y a asistentes, a llenarse de compunción por los pecados y ansias de repararlos por medio del Sacrificio.

El fin propiciatorio

Con tres clases de movimientos o actos expresa singularmente la Liturgia que la Misa se ofrece en expiación de nuestros pecados y en satisfacción de las penas por ellos debidas, esto es, para poner propicio a Dios enojado, dolorido y airado por nuestros pecados y para restituirle con creces la gloria que le han quitado especialmente los pecados del Sacerdote que celebra, de los que mandan celebrar, de los que asisten a la Misa y en general de todos los fieles vivos y difuntos.

¡El Hijo Dios satisfaciendo y desagraviando por el hijo pecador!

1.º Con *inclinaciones y golpes de pecho* como en el «Confiteor Deo» del principio de la Misa, al «Nobis quoque peccatoribus», al «Agnus Dei» y al «Domine no sum dignus».

2.º Con *abluciones* de manos, como al revestirse para celebrar, al «Lavabo» en medio del Ofertorio, después de la Comunión y al terminar la Santa Misa.

Todas las preces que acompañan esas abluciones dan significado a estas de deseo y petición de limpieza de todo pecado y mancha.

Y 3.º y más expresivamente con los besos que el Celebrante da sobre el altar, el Misal y la patena. ¡Qué belleza de significados!

Todos esos besos que el Sacerdote celebrante da dentro de su Misa son besos a Jesús, representado en el Altar, en el libro del Evangelio y en la patena.

Las palabras con que acompaña esos besos hablan siempre de petición de perdón, como al empezar la Misa; de confianza en la propiciación por nuestros delitos, como al besar el Santo Evangelio, Palabra de Dios; de deseo repetido de que Dios viva con nosotros y su Espíritu y su Paz, como cada vez que se vuelve el Sacerdote al pueblo para repetir el consolador saludo y la grata esperanza de el «Señor sea con vosotros» y «La Paz del Señor sea siempre con vosotros»; y con un beso de propiciación comienza el *Canon* y con otro igual se termina.

Y el beso que da en la patena antes de depositar sobre ella la Sagrada Hostia, ¡qué significación más tierna tiene!

Manda la Liturgia que el celebrante haga con ella la señal de la cruz sobre su frente, pecho y hombros y que después bese el borde de la misma precisamente por el lugar por donde ha de levantar la Sagrada Hostia del corporal, mientras pronuncia estas palabras..... «da propicio la paz en nuestros días para que, con el auxilio de tu misericordia, estemos libres de nuestros pecados y seguros de toda perturbación».

Yo veo en ese triple beso que da el Sacerdote con sus labios, con su cabeza y con su corazón, una manera fina de calentar con ellos la fría patena de metal, que va a servir de trono momentáneo a Dios, una triple confesión de sus pecados y una triple profesión de confianza en la propiciación sobreabundante ofrecida por la Víctima divina al Padre celestial.

Otro aspecto o forma de la misma idea: fijáos en los tres lugares que prepara la Liturgia para trono del Cordero sacrificado de la Misa: la piedra del altar, que es dura; el oro de la patena, que está frío; y las manos del Sacerdote, que se han manchado muchas veces: ved como prepara y adorna esos tres tronos con el espíritu de compunción del sacrificador visible; la dureza de la piedra, envolviéndola en blandos y blancos manteles y corporales; el frío del oro de la patena, calentándola con besos de contrición y la sordidez de las

manos del oferente visible, tocando trémula la una la Hostia pura y santa y golpeando el pecho la otra en señal y protesta de contrición.

¡Con qué claridad y con qué conmovedora elocuencia expresa la maestra Iglesia el fin propiciatorio de su Misa!

Ahora bien; ¿son muchos los que van a Misa a pagar a Dios?

¿Son muchos los que se dan cuenta de que en su Misa se derrama Sangre de valor infinito para que *podamos pagar*? ¡Y todos somos deudores de Dios! ¡Y deudores por muchos y enormes pecados y por muchas y terribles penas!

¡Hermanos, penetrémonos de la maravillosa pedagogía de la propiciación de nuestra Misa!

El fin impetratorio

De tres modos principalmente muestra la Liturgia que la Misa alaba al Padre Celestial pidiéndole que manifieste y luzca su misericordia y poder otorgando gracias y mercedes por la mediación siempre eficaz de su Hijo inmolado:

1.º por las *bendiciones* tan numerosas que el celebrante imparte sobre la oblata, sobre los fieles y sobre sí mismo. Todas ellas van encaminadas a pedir al Padre por medio del Hijo aceptación, purificación y santificación de las ofrendas y abun-

dancia de bendiciones celestiales para los participantes del Sacrificio.

2.º por la forma en que manda la liturgia que se hagan las oraciones y colectas de la Misa. ¡Qué gráficamente expresa ese alabar al Padre pidiendo por medio del Hijo, y ese pedir por el Hijo alabando al Padre!

Manda la Liturgia que todas las oraciones de la Misa se reciten con los brazos extendidos (actitud inequívoca de impetración, como la de Moisés en el monte Oreb mientras guerreaba su pueblo) pero haciendo preceder y seguir esa actitud de súplica de dos movimientos de adoración, como son la inclinación de cabeza mirando la Cruz y la unión de las manos ante el pecho al decir «Oremus» y al terminar la oración con el «per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum.....!»

Y 3.º con la *pausa de los Mementos* de los vivos y de los difuntos.

¡Cómo se muestra Madre la Iglesia en esas dos pausas!

Cuando el Celebrante tiene absorto su pensamiento y derretido su corazón purificándose con actos de ardiente contrición para alabar más y agradecer mejor al Padre celestial por medio de la Hostia pura, santa e inmaculada, le impone la Madre Iglesia un paréntesis en sus elevaciones para que junte con las encendidas adoraciones y accio-

nes de gracias y con las humildes y contritas confesiones de pecados, los gemidos de las almas que padecen en ésta y en la otra vida y los ayes de los apuros cotidianos, propios y ajenos, y las lágrimas de padres, hermanos, amigos y enemigos, bienhechores y malhechores, vivos y muertos.....

Diríase que la Madre Iglesia, como la Madre María, puesta al pie de la Cruz, manda a su representante, el Oferente visible, que descienda un momento del monte del Sacrificio al valle de las lágrimas y en la patena de su corazón recoja cuantas lágrimas pueda y quiera y las presente al Padre junto con las lágrimas de las dos Madres y con la Sangre de su Hijo para que su mirada aplacada y complacida trueque las lágrimas del dolor en perlas de corona, en precio de redención y en sonrisas de dicha y de paz en el tiempo y en la eternidad...

¡Cómo no va a recibir gustoso y a despachar sobre toda medida el Padre que está en los Cielos, las súplicas que, empapadas en esas lágrimas y en esa Sangre, se le presentan!

Liturgia y piedad

Quiero cerrar estas sencillas reflexiones de pedagogía litúrgica presentándoos un contraste.

Solo podrían apreciarlo bien los que acaben de enterarse de que la piedad cristiana es una hija de la justicia, que inclina a dar y no a recibir, a

pagar y no a cobrar, a *dar* a Dios culto y trato y servicio como a Padre, a *pagar* a Dios el gran beneficio que nos ha hecho de ser Padre nuestro.

Piedad no es recrearse en gustos y consuelos más o menos espirituales, es dar a nuestro Padre Dios el culto y el homenaje que la Religión impone, como son: *Fe* rendida en lo que enseña, *obediencia* ciega a cuanto manda, *servicio* con nuestras obras, *conversación* con nuestra oración perenne y *glorificación* con nuestras alabanzas, acciones de gracias, propiciaciones e impetraciones, pero hecho todo esto y ofrecido no con miedo de esclavo, sino con cariño, con intimidad, con confianza de hijo muy indigente y a la vez muy amado. Eso es piedad: dar y darnos a nuestro Padre que está en los cielos como muy hijos y muy suyos.

Ahora ved el contraste entre la *Piedad sin Misa* y la *Piedad con Misa*.

La piedad sin Misa

Es esa que no da trato apenas al Padre que está en los cielos ni visita a la Casa que su Hijo tiene en la tierra, el Sagrario; solo *da* novenas rutinarias y velas y flores a algún que otro Santo de los que dicen que *dan* dinero, salud y buenos arreglos en negocios temporales..... es esa piedad que invade el alma con un sentimentalismo vago, egoísta, regalón, estéril, que jamás busca a Dios

sino a sí propio, que hace mover los labios para exhalar suspiros y exclamaciones pero que no hace mover las manos en obras de caridad y de celo, ni las cabezas para aprender y meditar la Doctrina cristiana, ni los corazones para dárselos a su Padre Dios y a su Hijo Jesucristo y dar algo a sus representantes de la tierra como son la Madre Iglesia, los padres, la patria y los pobres..... en una palabra, una piedad que no da *nada, nada* a Dios, ni cuenta con su Hijo Jesús: esa es la piedad sin Misa.

En frente de ella está

La piedad con Misa

Si la piedad es la que pone en comunicación afectuosa a los hijos de la tierra con el Padre que está en los cielos para que le den la gloria y el amor que El se merece; ningún medio más seguro para ejercitarla y aumentarla, ningún motivo ni tema para alimentarla como la Santa Misa bien celebrada y bien oída y participada.

¿Cómo vamos a tratar al Padre más a gusto de El, que tratándolo como lo trata su propio Hijo y valiéndonos de la misma boca, de los mismos merecimientos, de las mismas trazas con que su Hijo lo trata, lo regala, lo glorifica y lo desagravia?

¿Y qué es la Misa sino la obra más acabada que la piedad filial ha podido inventar?

No hay Padre más pagado y, permítaseme este

lenguaje, ni Hijo más pagador, que el Padre-Dios y el Hijo-Dios por razón del Sacrificio.

Y ¿no es ese mismo Sacrificio del Hijo natural el que ha valido a los hombres, enemigos de Dios e hijos de ira por el pecado, el título y los derechos de hijos adoptivos del Padre celestial?

¿Por qué medio, pues, sino por la Misa, que es la oblación real y perenne de aquel mismo Sacrificio, pueden los hijos adoptivos ser tan *pagadores* de su Padre como el Hijo natural?

¿Cuándo, en dónde, ni cómo encontrar modos mejores ni más seguros y eficaces para desenojar al Padre ofendido por el pecado y de esta suerte entrar en trato afectuoso de alabanza, acción de gracias e impetración con El, como por la oblación real del Sacrificio propiciatorio, latréutico, eucarístico e impetratorio?

¿En dónde va a encontrar una piedad sin Misa argumentos, motivos, fórmulas, estímulos más eficaces, amplios, seguros y fecundos?

Sí, repitémoslo, sí, la Piedad cristiana no ha de ser un *juego interesado de santitos y altarcitos*, como el que entretiene a los niños, ni tampoco un sentimentalismo histérico; necesita partir de la Misa, de sus ceremonias y ritos y oraciones, de ella alimentarse y tomar modelos y direcciones, a ella volver los ojos, la cabeza, el corazón y las manos y no parar hasta que la celebración, y la asistencia, y la parti-

cipación de la Misa asidua y consciente y, si vale decirlo así, la compenetración con la Misa haga otros tantos hijos de Dios inmolados para siempre y ofrecidos cada día en la misma Patena que la Hostia consagrada.

Y cuando la piedad haya llevado a las almas a este estado de hostia perpetua, entonces, sin arrogancias ni exageraciones, los hijos de la tierra podrán cantar ese himno al Padre de los cielos: Padre, ni tienes que pedir más a tus hijos, ni tus hijos pueden ya darte ni darse más.

Y la piedad de verdad cristiana podrá acompañar con ésta estrofa que aprendió de su maestro Jesús:

«Opus consumavi quod dedisti mihi:» Padre consumé la obra que me confiaste.

La Misa de Ordenes

Huélgome en cerrar estos apuntes de arte litúrgico con estas páginas rebosantes de frescura juvenil en la que uno de mis seminaristas describe la Misa solemne de Ordenes y demuestra hasta qué grado llena su alma la educación litúrgica, que recibe en su Seminario.

<Cartas a Juan del Pueblo.>

** Preparándonos **

* para el apostolado *

Querido amigo: Antes que se haga más vieja quiero transcribirte hoy la página quizás más triunfal de mi vida de Seminarista; quiero contarte la primera Ordenación que he presenciado aquí y que ha dejado en mi memoria y en mi corazón un surco que creo no se borrará jamás.

Un día de gloria

Figúrate que hacía más de cincuenta años que aquí no se veía salir de una vez diez nuevos Sacerdotes, y con lo que se ha pedido y deseado y esperado y preparado ese día, era casi para cantar el «Nunc dimittis». ¡Sabíamos que había costado esa cosecha tantos desvelos, tantos cuidados, se habían hecho desear tanto las primicias de un espíritu nuevo...!

Fué la ceremonia con toda solemnidad en nuestra Catedral, que, como sabes, es tan graciosa, alegre y despejada, por lo que pudimos verlo y oírlo todo a nuestro gusto. Yo, gracias a un libro que contiene todo el ceremonial de las Ordenes, pude seguirlas y enterarme y saborearlo, que, ¡ya hay que saborear! pues si todas las oraciones litúrgicas

son tan sabrosas, estas de la Ordenación son exquisitas en extremo.

No estaban solos los que iban a ser ya Sacerdotes sino también otros que iban a recibir el diaconado, subdiaconado y órdenes menores: entre todos más de veinte ocupaban un lado del presbiterio, estando en el otro el Prelado de pontifical con sus Ministros asistentes; el color litúrgico del día era encarnado, por estar en la Octava de Pentecostés, haciendo un efecto de simbolismo impresionante tanto ornamento rojo sobre las blancas albas.

Si no fuera porque las dimensiones de una carta no me lo permiten, te contaría con pormenores cada ceremonia y las hermosísimas enseñanzas que contienen. ¡Qué sublime se veía a la Iglesia y al Sacerdocio! ¡lo más grande de la tierra! Y ¡qué fuerza y vitalidad tienen las sencillas palabras de la liturgia! Recuerdo que me gustaron mucho éstas dirigidas a los minoristas que recibían el Lectorado: «Lo que leáis en alta voz, creedlo y vividlo, a fin de que podáis instruir al mismo tiempo por vuestras palabras y por vuestros ejemplos a aquellos que os escuchen. Cuando leáis colocaos en un lugar elevado de la Iglesia para que todos os oigan y os vean, y que la posición de vuestro cuerpo sea el signo del alto grado de virtud a que debéis haber llegado; de esta manera sereis para cuantos os oigan y os vean el

modelo de una vida toda celestial. Que Dios os lo conceda por su gracia». Después de entregarles las Sagradas Escrituras los bendice el Obispo diciendo: «Dios Santo, Padre omnipotente, bendecid a estos Lectores para que instruidos por la asiduidad a las lecturas santas, digan lo que hay que hacer y hagan ellos mismos lo que dicen, y así sean doblemente útiles a la Iglesia».

Y por este estilo cada grado va recibiendo su potestad con palabras y oraciones llenas de simbolismo y virtud, acompañadas de acciones y movimientos adecuados.

Lo que te hubiera impresionado mucho es ver cuando aquellos veintitantos ordenandos se postran a lo largo en el suelo mientras se canta la Letanía de los Santos; no te puedes imaginar qué efecto causa. Me decía luego un amigo, que al ver en el suelo la blancura de sus albas, le parecía contemplar *una siembra de hostias..... y.....* no lo decía «a humo de pajas».

La ordenación de los diáconos tiene también mucho que meditar y admirar: inspira gran reverencia el extender el Obispo su mano sobre la cabeza de cada uno diciéndole: «Recibe el Espíritu Santo, que será tu fortaleza para resistir al demonio y sus tentaciones: En nombre del Señor».

Luego en pie con la mano extendida canta una oración hermosísima, poniéndoles después la estola, la dalmática y entregándoles el Santo Evangelio.

Pero la ordenación de los Presbíteros sobrepuja, como es evidente, a todas las de grados inferiores.

La alocución que hace el Consagrante a los ordenandos, la imposición de las manos sobre ellos, el canto del Veni Creator mientras les unge las manos, las fórmulas y oraciones y la concelebración de los nuevos Sacerdotes con el Obispo ¡cuánto conmueve y da que meditar!

Es muy emocionante oír al Prelado que les dice a cada uno: «Recibe el poder de ofrecer a Dios el Santo Sacrificio y de celebrar la Santa Misa, tanto por los vivos como por los difuntos: en el nombre del Señor»; y estas otras: «Recibe al Espíritu Santo: los pecados serán perdonados a aquellos a quienes los perdonares y serán retenidos a aquellos a quienes los retuvieres». ¡Una santa reverencia invade el alma al escucharlas!

¡Dios mío, el que ayer era un niño es hoy mediador entre el Cielo y la tierra y tiene en sus manos la remisión de los pecados de los hombres! ¿y qué digo? ¡tiene en sus manos al mismo Dios, a Jesucristo y sus tesoros! ¡Qué inenarrable grandeza....!

Para terminar, te digo que aquella feliz mañana parecíanos estar conviviendo con aquellos Santos Sacerdotes y diáconos de la primitiva Iglesia, y se sentía la unidad de Esta, porque no sé qué miste-

riosa cadena nos unía con Roma, con las Catacumbas, con el Cenáculo..... y todos los tiempos parecían un solo tiempo..... algo así eterno e inmutable que no tiene antes ni después sino un «ahora» universal que abarca todos los tiempos..... y contemplando el Presbiterio lleno de ordenados vestidos de dalmáticas y casullas encarnadas, sosteniendo en las manos velas encendidas parecían llamas de fuego que iban abrasando e iluminando el mundo..... mártires con ropajes de púrpura que semejaban llevar ya en sus manos palmas de martirio triunfantes!

Y tanto es así, que una persona que no asistió a la ceremonia y no había por lo tanto sentido las influencias del solemne pontifical, pero que los vió cruzar en procesión de la Catedral al Obispo, escribió estas palabras: «Asistí a la salida de los santitos consagrados, eso parecían, y mi imaginación me llevó al verlos cantando no sé explicar a donde..... ¿irían así por las Catacumbas?.....»

Mi buen amigo, ¡qué grande es nuestra Iglesia, cuán sublime su Sacerdocio! y ¡cuánto hubieras gozado contemplando esta cosecha del Seminario que tuvo la dicha de ver y gustar quien en el Señor mucho te estima!

JUAN DEL SEMINARIO»

CUARTA PARTE

El Arte en el Breviario

La Liturgia se apoya sobre cuatro columnas; dos que Jesús-Sacerdote por sí mismo construyó y otras dos por mediación de su Iglesia; son aquellas dos, la Santa Misa y los siete Sacramentos, y estas, el Oficio divino o eclesiástico y los Sacramentales.

El sacrificio de Jesús y el Oficio divino, directa y primariamente, son para la alabanza y adoración de la augusta Trinidad; e indirectamente y como causa moral, o como irradiación para la santificación de las almas, y los Sacramentos y Sacramentales al revés.

Para el sacerdote el *oficio* divino tiene los dos sentidos de esa palabra. ¡Su deber! y ¡su ocupación por antonomasia!

Pero esa ocupación, ese gran *oficio* sacerdotal tiene *su arte* y mientras más y mejor conocido y practicado sea éste, más y mejor practicado será aquél.

Quizás sea bueno presentar sumariamente a mis

hermanos los sacerdotes dos aspectos del *arte del Breviario*.

El arte en la composición

* * del Breviario * *

Litúrgicamente el oficio divino es inseparable del Santo Sacrificio. Si éste es la *máxima alabanza* a Dios de cada mañana, el oficio es la *preparación* y la *prolongación* de esa alabanza por todas las horas del día. Si la Misa se llama *Sacrificium laudis*, el oficio divino se llama *Officium laudis* o esto sólo: *Laudes*.

Tan inseparables para la Liturgia son Misa y Oficio, por razón de su identidad de fin, que al principio de éste y no de aquella pone la clasificación de su rito, *doble*, *semidoble* o *simple* para que la misma solemnidad envuelva Misa y Oficio, como una misma acción.

Si el Altar es el *lugar* en donde *Jesús por el Sacerdote* realiza la acción de la *máxima gloria* de Dios por la máxima adoración, acción de gracias, expiación e impetración que vale la oblación real de su Sacrificio, el *Breviario* es el *instrumento* con que el *Sacerdote por Jesús* armoniza y acompaña, celebra y canta la gran alabanza de aquella acción suprema sacerdotal.

El *Oficio*, es más que lección que instruye y ejemplo que alienta, *canto* sacado por la gran

Maestra la Iglesia de tres grandes inspiraciones: de la *inspiración auténtica y directa de Dios* en sus Salmos, Cánticos, Trenos y trozos de Escritura; de la *inspiración de la Santidad* en sus historias abreviadas, comentarios y homilias doctrinales, y de la *inspiración de la musa popular cristiana* en muchos de sus himnos, antifonas y melodías. ¿Conocéis arte más opulento en inspiración?

Ese *Canto* de alabanza, que va siempre dirigido a la Trinidad Santísima *per Dominum nostrum Jesum Christum*, es a la par un *canto de triunfo* del Rey sacrificado Jesús *qui tecum vivit et regnat...*

Y tiene su *copla* (el motivo de la alabanza contenido en la oración propia, las lecciones, las antifonas propias y todo lo propio) y su *estribillo*, (todo lo común).

El Oficio de *Común de Apóstoles*, es el himno de alabanza por el triunfo del Rey inmolado en la *longanimidad* del Apóstol (dar y darse): «Hoc est praeceptum meum... Majoren charitatem... Ibant gaudentes quia...»

El Oficio de *Mártires*, el himno por el triunfo del Rey Hostia en la *fortaleza* de sus soldados: «pro lege Dei sui certavit usque ad mortem... quanta passi sunt tormenta... beatus vir qui suferit tentationem».

El Oficio de *Confesor Pontífice*, el de la alabanza por el triunfo de Rey-Sacerdote sumo en el *Sacerdocio*, ejercido fielmente por el hombre, cuya plenitud

está en el Pontífice: «Ecce Sacerdos magnus... factus est reconciliatio... fungi Sacerdotio...»

El Oficio de *Confesor no Pontífice*, el himno por el triunfo del Rey divino en la *fidelidad* de sus siervos: «Domine quinque talenta... Euge serve bone et fidelis... qui inventus est sine macula...»

¡Qué misterio! la Iglesia ante los montones de libros de sabiduría celestial de Santo Tomás, los de tierra y los de granos recogidos por San Isidro Labrador, y los de harapos, mendrugos y piojos de San Benito. J. Labre canta la misma alabanza a Dios, el mismo *quinque talenta*, y el *euge serve bone et fidelis*.....

El Oficio de *Virgenes*, es la alabanza a Dios por el triunfo del Rey del Amor en la *pureza* triunfante en una mujer: «quam pulchra est casta generatio...»

El de *Virgenes mártires*, la alabanza por el *contraste de la debilidad* del sexo venciendo el doble enemigo de su Pureza y de su Fe: «Hæ enim palmæ duplicis beatæ sorte...»

El de no *Virgenes*, es la alabanza a Dios por el triunfo de su Hijo Rey en los obstáculos, frutos y premios de la *Piedad*: «Carnem domans jejunüs, orationis nutriens».

El Oficio de *Dedicación de Iglesia*, es la alabanza por el triunfo de Jesús en la *hermosura, utilidad e indefectibilidad* que por su sacrificio ha dado a las *tres Casas de Dios*:

La del Cielo «Cœlestis urbs Jerusalem..», la edificada como templo vivo en el alma y cuerpo del Justo. «Templum Spíritus Sancti. (San Pablo) Zachee, hodie in domo tua oportet me manere...» (lectiones diei VI, S. Augustini et aliæ) y la material o templo visible: «Domum tuam decet sanctitudo... Hæc domus orationis... porta cœli...»

El Oficio común de fiestas de la *B. Virgen María*, es la alabanza por el mayor de los triunfos de Jesús Rey, principalmente en la preservación del pecado y en la *mediación universal* de Ella y en los méritos, motivos y frutos de la misma, particularmente en su Virginitad, Maternidad divina, fidelidad y patrocinio.

«Sancta María Dei Génitrix Virgo, intercede pro nobis...»

El Oficio común de *Difuntos*, es el himno de la *vida*, la alabanza a Dios por ser el Autor de toda la vida: *cui omnia vivunt*: de la vida natural y sobrenatural, temporal y eterna, de darla, aumentarla, quitarla y devolverla, o sea, Autor del nacimiento, desarrollo, muerte y resurrección... ¡El gran himno, en una palabra, al Rey de la Cruz, triunfador de la muerte!

El arte en la recitación

Todo este arte se reduce a recitar o cantar, como pide la Iglesia, *digne, attente et devote...*

¡Se lo merece tanto aquel divino canto y éste nuestro divino oficio...!

Dos reglas, de *arte geográfico* la una y de *arte gramatical* la otra, explican y facilitan esa petición. Dejo aparte el gran arte musical del *Motu Proprio* de Pío X.

El arte geográfico en la recitación

Hablando el lenguaje de una especie de Geografía espiritual, lo primero que tenemos que hacer los sacerdotes para ejercer bien nuestro *oficio* de *Cantores de Dios* es *orientarnos*.

Respecto a mi persona: El valor que da a mi palabra el ser palabra de Ministro *consagrado* de Dios.

Respecto a mi situación al rezar: Yo rezo con Jesús, o mejor, Jesús reza por medio de mí, de mi boca... rezo en nombre de toda la Iglesia de la tierra; ¡la Iglesia reza también por mi boca! y rezo, o mejor, rezamos, Jesús Sacerdote, la Iglesia y yo ante la Trinidad augusta, ante la Iglesia del cielo...

Los de allá y los de acá nos unimos en mi Breviario para cantar el himno siempre nuevo de la alabanza y de la adoración.

Cantate Dómino canticum novum...

El arte gramatical en la recitación

Se reduce a esta sola palabra: *rezar con Prosodia*. Esos asteriscos en los versículos, para paladear,

esas comas para respirar, esos puntos y aparte para reposar y los demás signos ortográficos atendidos con una *Prosodia consciente* ¡cuántos atropellos y decapitaciones y truncamientos de palabras y distracciones y rutinas y profanaciones evitarían y qué aroma de alabanza y de piedad exhalarían para mí y para los que me oyen y para todos los que esperan mi oración...! Como que uno de los grandes méritos del Canto Gregoriano es el respeto que guarda a la Prosodia.

.....
Sacerdotes, si nuestro *Breviario* es el *Organo* de la gran alabanza a Dios por medio de su Cristo Rey Inmolado, y nosotros por elección y consagración de Dios los artistas de ese *Organo*,

Psallite Regi nostro,

: Psallite sapienter :

Sapienter, ¡en las dos acepciones del verbo Sápere: *saber* y *saborear*. ¡Conozcamos el arte de nuestro *Breviario*! ¡Saboreemos el arte de nuestro *Breviario*...! ¡Cantemos con arte!

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO	9
---------------	---

Primera Parte

EL ARTE EN EL ALTAR

El tema.—La misión del Arte religioso.—De cómo el arte, rico don del Cielo, no ha guardado siempre en el templo el recogimiento debido.—El altar en el templo.—Ojeada histórica.	15
---	----

PRIMER PERÍODO

DE SUMISION GLORIOSA DEL ARTE AL ALTAR.—El primer altar.—El altar de las Basílicas.—La Liturgia de la concelebración.—El buen servicio del arte.—El Arte y la Cruz	25
--	----

SEGUNDO PERÍODO

DE ENGREIMIENTO DEL ARTE SOBRE EL ALTAR.—La decadencia del rito de la concelebración.—Cómo se fueron introduciendo las Misas privadas.—¿Las causas?—Cómo coincide con la decadencia de la Liturgia la emancipación y engrimiento del arte.—El trono del Obispo desaparece.—Aparece el retablo.—El baldaquino suprimido.—La Cruz errante.—¡Hasta el altar peligró!—Presbiterio sin presbíteros.—Los quejidos de la Liturgia.—La tiranía artística triunfa.—Sum cuique.	39
--	----

TERCER PERÍODO

DE REACCION LITÚRGICA LENTA.—Lo que había quedado.—El alba de la restauración litúrgica.—Dos casos.—Lo que hace falta para la restauración.—Instaurare omnia in Christo.—Decía Pío X.—Lo que respondió la Iglesia.—Un restaurador eximio del arte litúrgico.—Gaudí, el amigo de la Liturgia sacra.—Gaudí y el culto.—El gran amor de Gaudí.—Su horror a las faltas litúrgicas.—La liturgia en la agonía de Gaudí.—El Arte-yedra.—El uso de la yedra.—El abuso de la yedra.—Comparemos.—Bendito el Arte.—Pero bendito el Arte cuando sirve y no atropella a la Liturgia 51

Segunda Parte

EL ARTE EN EL TEMPLO O MI SAGRARIO Y MI SECRETO

El porqué del librito.—El para qué.—Lo que es el Sagrario de un Obispo.—La Iglesia propia del Obispo.—El secreto.—Lo que quería para mi Sagrario.—El Sagrario-Escuela.—La lección.—Los tres amores del Obispo.—Los cuatro planos de mi Sagrario. 79

I PLANO TEOLOGICO.—Lo que da el Corazón de Jesús.—Lo que busca.—Lo que encuentra.—La gran síntesis. 90

II PLANO PASTORAL.—La entrada a la vida pastoral.—La ocupación.—Los recursos.—La recompensa. 97

III PLANO EUCHARISTICO.—El culto a la Eucaristía y la gran síntesis.—*Lo que da el Corazón de*

Jesús en su Eucaristía.—Lo que busca.—Lo que encuentra.—La correspondencia.—Tantum ergo.—Sacramentum.—Venerare.—Esuriens.—Degustans.—Adorans.—Imitans.—Consolans.—Gratias agens.—Laborans.—Quiescens.—Inebrians. 103

IV PLANO ARQUITECTONICO.—¿Estilo?—El Tantum ergo del Arte cristiano.

EPILOGO.—Mi primer Sagrario.—¡ ! 115

Tercera Parte

EL ARTE EN LA MISA O LA PEDAGOGÍA DE LA MISA

INTRODUCCION 123

LA PEDAGOGIA DE LA MISA.—Un ejemplo de fina pedagogía.—El beso triste de la Pasión.—Significación del Sacerdote en la Misa.—Significación de su lenguaje.—Significación de la carga que lleva el Sacerdote al altar.—La carga abrumadora.—Significación de la gran obra del Sacerdote.—La Iglesia Maestra.—Una advertencia.—El fin latréutico.—El fin eucarístico.—El fin propiciatorio.—El fin impetratorio.—Liturgia y piedad.—La piedad sin Misa.—La piedad con Misa.—La Misa de Ordenes. . . . 124

Cuarta Parte

EL ARTE EN EL BREVIARIO

El arte en la composición del Breviario.—El arte en la recitación.—El arte geográfico.—El arte gramatical. 155

Biblioteca de EL GRANITO DE ARENA

— POR EL —

Excmo. e Illmo. Sr. Dr. D. Manuel González

Obispo de Málaga, antiguo Arcipreste de Huelva

MI COMUNIÓN DE MARÍA. (3.^a edición).—Libro para enseñar modos y meter ganas de preparar, agradecer y digerir bien la Comunión.—Encuadernado en tela, planchas doradas, 2 pesetas.

LO QUE PUEDE UN CURA HOY o respuesta a esta pregunta: ¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco?—5.^a edición, no corregida, aumentada con la Conferencia sobre la *Acción Social del Párroco*; libro muy recomendado para los propensos a cruzarse de brazos; un tomo de 283 páginas, en octavo. Encuadernado en cartóné, 1,50 pesetas.—Traducido a varios idiomas.

GRANITOS DE SAL. (Aperitivos para almas inapetentes).—Primera y segunda serie, 4.^a y 3.^a edición respectivamente.—Encuadernado en cartóné, tapa a dos tintas, 1,50 pesetas cada serie.

AUNQUE TODOS... YO NO. Razón de ser y orígenes de la Obra de las Marías, su organización, frutos y privilegios.—Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido.—3.^a edición. En rústica, 1 pta.

QUÉ HACE Y QUÉ DICE EL CORAZÓN DE JESÚS EN EL SAGRARIO. Viaje al País de las divinas sorpresas, propio para las visitas al Santísimo.—3.^a edición, 256 páginas.—Encuadernado en tela, 2 pesetas.

OREMOS EN EL SAGRARIO COMO SE ORABA EN EL EVANGELIO. Presenta modos de orar usados en el Evangelio y enseña a imitarlos ante el Sagrario, desvaneciendo todo pretexto para no orar, 252 páginas. En tela, 2 pesetas.

JESÚS CALLADO O LA EUCARISTÍA ESCUELA DEL SILENCIO. (Cartilla para aprender a callar). Librito de bolsillo, 150 páginas.—En tela, 2 pesetas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL ESCONDIDO. 356 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas.—Librito manual de 232 páginas. 3.^a edición.—Encuadernado en tela inglesa con planchas doradas, 1 peseta.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS. 3.^a edic. Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario.—300 páginas.—Encuadernado en cartóné, portada a dos tintas, 1.75 ptas.

SEMBRANDO GRANOS DE MOSTAZA. Notas del gran mundo de la gente menuda. Los niños revelando su alma y los modos de cultivarla.—En cartóné, 2 ptas.

MANUAL DE LAS MARÍAS. Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios ve sucederse sin cesar las ediciones. 8.^a edición de 15.000 ejemplares, a 1.25 ptas. en tela y 0.75 en rústica.

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN. A los mismos precios que el anterior.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS. Sugestivo librito, revelador de los abandonos más insospechados y menos reparados de Jesús en su vida eucarística.—Encuadernado en tela, 106 páginas 1.50 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS. Recetas para ser apóstol perenne a poca costa.—1.^a y 2.^a serie, 150 y 155 páginas.—En cartóné, 1.50 pesetas cada serie.

ARTE Y LITURGIA. Encuadernado, con grabados entre el texto, 1.50 pesetas.

Descuentos según el número de ejemplares pedidos

PRECIO DE TODA LA COLECCIÓN: 22 PESETAS